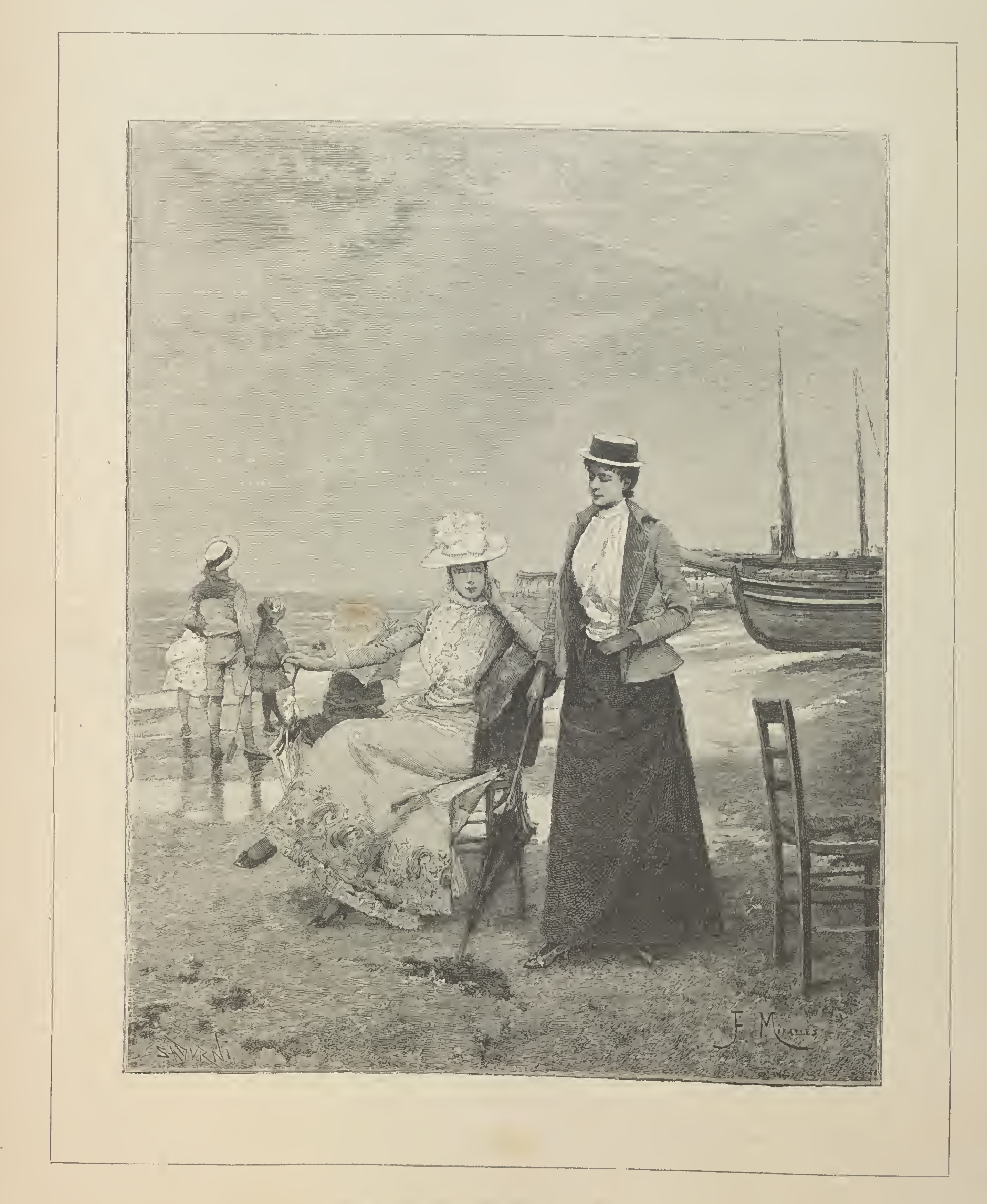
La Ilustracion Artística

Año X — Barcelona 17 de agosto de 1891 — Núm. 503

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EN LA PLAYA, cuadro de D. F. Miralles

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

Tristezas y muertes. – Pedro Antonio de Alarcón. – Su orientalismo. – Los moros en su *Guera de Africa*. – Los moros en la realidad de sus caracteres. – Crisis portuguesa. – Literatura política lusitana. – Latino Coelho y Oliveira Martins. – La escuadra francesa en Rusia. – El cardenal Lavigeric y los Padres Blancos del desierto de Sahara. – Conclusión.

I

No fuéramos si no muriésemos. Más revela nuestra vida el sepulcro eterno, donde habremos eternamente de dormir, que la cuna, dejada en los caminos del mundo, como dejan las avecillas sus cascarones y sus nidos. ¿Nacer? Una casualidad. ¿Morir? Una necesidad. Pudisteis no haber nacido. Imposible, naciendo, dejar de morir. Por eso no iba tan descaminado el ascetismo religioso al proponernos que reconcentráramos todos nuestros pensamientos en el supremo de la muerte y empleáramos todos los días como si hubiésemos de morir al día siguiente. ¡Cuál voracidad esta del tiempo! No hay sino pertenecer á una compañía cualquiera, para enterarse de cómo van los compañeros cayendo uno á uno en la catarata del eterno mudar, donde se transmuta y metamorfosea todo. ¿Para qué vivir, si ha de concluir nuestra vida en la muerte? ¿Para qué afanarse por el renombre y la fama, si ha de perecer la tierra misma y ha de olvidarse y perderse la humana historia? ¡Cuánto se desviven muchos por granjearse la honra de un sillón en el Olimpo de los inmortales, ó sea en la Española, como solemos llamar á nuestra Real Academia de la Lengua! Pues apenas habéis entrado por esa puerta de la gloria, salís por la del sepulcro. Según van muriendo hasta los académicos jóvenes, parece reinar con mayor imperio que en parte alguna la muerte. ¡Pobre Alarcón! Parece imposible que habiendo sabido pintar la vida con todos los colores prestados por el prisma de una rica fantasía y sentirla con todo el calor de la pasión, ¡ay! no le haya perdonado la muerte. Aquellos deslumbradores joyeles de su estilo debieron guarecerle contra el dolor y contra la desgracia como un talismán precioso, pues pocos recibieron el soberano arte de manifestar con frases propias y claras y castizas los sentimientos varios despertados en las almas sensibles por el Universo material. Y éste no le ha pagado su afecto, ¡el implacable!, reservándole un arroyuelo recatado y umbroso de larga feliz vida. Cuando leéis las admirables *Alpujarras* de Alarcón descubrís la Sierra Nevada, de matices brillantes rayadísima en sus faldas, compuestas por unas reverberaciones que tiran del amatista más violáceo al coral más rojo y al zafiro más azul, así como coronada de ópalos por sus nieves perpetuas, casi astrales y etéreas, bien al revés de las helvecias, al resplandor prestado á sus aristas de brillantes por el sol casi africano desprendido del cielo de Andalucía. Si añadís á esta maestría en pintar la Naturaleza un sentimiento estético muy avivado para comprender el arte, con especialidad la música, y una gracia muy ligera para fijar las populares costumbres, tendréis aproximada idea del excelso escritor que lloramos y del duelo con que lo habremos acompañado al eterno descanso los compañeros y los admiradores suyos de toda la vida.

II

Ahora, en verdad, helo recordado mucho con motivo de la embajada marroquí, hoy en boga, cuyos blancos alquiceles, tan parecidos al ropaje de las antiguas estatuas, me atraen y emboban como á cualquier ganapán de las calles madrileñas. Nadie ha pintado cual Alarcón los pintaba en su pintoresca *Guerra de Africa* los inmóviles santones de Tetuán, asentados sobre las piedras como sobre los pedestales las estatuas, que no convertían los ojos á mirar nuestros soldados en las vistosas revistas, ni aplicaban los oídos á escuchar nuestras músicas en sus armoniosas marchas. La idea de Dios inunda sus almas, y en esa inundación, todo aquello que no sea Dios desaparece. Así no hay santos en su religión uniforme. Si acaso algún personaje entra en el cielo suyo, es un profeta capaz de entrever al Criador con más claridad que el resto de los mortales y de anunciarlo al mundo con mayor poesía y elocuencia. No les mostréis, pues, cosas bellas con ánimo de conmoverlos, porque en su interior compararán nuestras frágiles creaciones con la hermosura eterna; ni cosas grandes ó poderosísimas con ánimo de asombrarlos, porque para ellos no puede haber poderío como la virtud creadora, que colgara en los espacios la tienda azul de los cielos y suspendiera en lo infinito por cadenas invisibles las áureas lámparas de los luminosos astros: toda sabiduría humana se deslustra y eclipsa para ellos ante la omnisciencia divina y no merece ni la pena de una velada; toda voluntad, por avasalladora, por incontrastable que sea, se somete á otra voluntad más impetuosa que los huracanes juntos y más fuerte que las fuerzas cósmicas, á la omnipotente voluntad del Eterno. Delante de ese ideal nuestras obras artísticas son cadáveres, sombras nuestras ideas, juego nuestra mecánica, caprichos de mozos nuestros derechos de ciudadanos. Contábame gracioso andaluz el viaje que emprendió por España con cierto rico moro de Tánger. Mostrábale al mahometano el surtidor de la Puerta del Sol, y respondía: Dios es más alto. Medíale las dimensiones del Escorial, y exclamaba: Dios es más grande. Llevábalo por las alamedas de Aranjuez, y añadía: Dios es más hermoso. Conducíalo al Museo de Pinturas, y pasaba como inerte ante los cuadros, pensando en la ciega idolatría que á Dios usurpa su facultad creadora de animar los seres. Desde los teatros á los Congresos todo transcurrió ante sus ojos, no sólo sin conmoverlo, sin siquiera impresionarlo, como si no pasase. Sólo un día su sentimiento rayó en delirio. Llegaron á Granada. La frondosa vega, el marco de montañas, la confluencia de los ríos, las colinas coronadas de pinos, los cortes volcánicos de Sierra Elvira esmaltados por nuestra luz meridional, los cristales casi venecianos por sus matices brillantes de Sierra Nevada que toma tantos reflejos en las titánicas facetas de sus nieves eternas, los contrastes de color en aquellos iris continuos y las manifestaciones de vida en aquella creación abreviada no llegaron hasta su alma, fría, indiferente, serena, como absorto en su absorbente misticismo. Subieron al cerro de nuestra increíble Alhambra. Pasaron las umbrosas alamedas, bajo cuyas ramas serpentean susurrando los claros arroyuelos. Detuvieron un momento los ojos en las torres bermejas, doradas por el sol, en los mármoles del interrumpido palacio imperial, en los alminares del Generalife que se destacan sobre los cielos azules entre adelfas, cipreses y azahares. Por fin atravesaron la puerta del árabe alcázar y dieron á una con el patio de los Arrayanes. La fisonomía del árabe se contrajo; sus ojos se obscurecieron, y sólo se aumentó su profundo silencio. De las albercas ceñidas por mirtos, de los patios cuyos ajimeces parecían bordados encajes, de las galerías ligeras y aéreas, de los aleros incrustados en oro y marfil, de los frisos de azulejos, de los pavimentos de jaspes tan brillantes como ágatas, pasaron al patio de los Leones, al bosque de ligeras columnas que sostienen arcos prontos á doblarse como si fueran de ramajes al menor aire que sopla y juguetea entre los intersticios de las alharacas compuestos por su gracioso y transparente alicatado. El árabe, pálido como la muerte al pisar semejante sitio, se apoyó en airosa columna, pues creía imposible que los vértigos experimentados por su cabeza le permitieran continuar en aquella visita. Por fin, más arrastrado por sus compañeros que por su propio impulso, penetró en las estancias, y luego que alzó los ojos á las bóvedas formadas por estalactitas de brillantísimos colores leyó las leyendas místicas ó guerreras que las abrillantan y las hacen parecidas á visiones de cuentos orientales; entró en aquel camarón de Lindaraja casi etéreo, donde parecen las estrellas del cielo zumbar como en sus colmenas las abejas; percibió tras las celosías el aroma de azahar y oyó el rumor de la vega, su emoción, rompiendo los límites de toda conveniencia, se mostró intensísima en las sacudidas múltiples del cuerpo, semejante á los espasmos de la epilepsia. Ya en el salón de Embajadores, con el Darro á un frente y al otro el patio de los Arrayanes; las paredes de mil matices adornadas con el escudo de los Alhamares; los ajimeces bordados con todos los prodigios de la fantasía oriental; las puertas, recuerdos de los siglos de tanto esplendor y de tanta fortuna, cuando desde las tierras más remotas iban allí unos á recibir la luz de tanta ciencia y otros los placeres de tantos hechizos como tenía Granada en sus artes; las bóvedas de alerce con estrellas de marfil y oro; las letras, semejantes á las grecas de una tapicería persa, repitiendo entre las hojas de parra y de mirto y de acanto cinceladas los nombres de Dios, el corazón se le rompía en pedazos, y un tormentosísimo lloro, que recordaba la alegría de los abdilitas al perder á Andalucía en sus desgarradores sollozos, ó á las lamentaciones de los profetas hebreos bajo los sauces de Babilonia y Nínive al perder á Jerusalén, llenó aquellos abandonados espacios con el dolor de su triste y destronada gente. Nada fuera de su propia historia y de su propia religión interesa con verdadero interés á estas razas orientales. Así cosa cómica la extrañeza con que los demás ven su falta de maravilla y extrañeza. El conocimiento necesita de la emoción para penetrar en las entrañas del espíritu. Quien ignora el arte de admirar, ignora el arte de mirar intelectualmente. Los incultos en todas las naciones cultas reciben la consigna de no extrañar cosa ninguna. Yo he visto muchos patanes medir con los pies la Basílica de San Pedro para demostrar la pequeñez de tal coloso junto á su parroquia. Cuando subía el embajador las escaleras del ayuntamiento de San Sebastián aseguraba dolerle sobre su fiebre aguda cuartana, enardecida por una indigestión, los estruendos de las músicas. El fatalismo los ha hecho seres mecánicos, obedientes á la consigna imperial y ajenos á todo cuanto no sea su Alá, su profeta y su califa. El cuerpo escultórico se ha petrificado como el cuerpo de las estatuas yacentes sobre las losas de sus sepulcros, y el alma se les ha estancado como las albercas de sus harenes. Ninguna demostración tan viva del poder de la libertad como considerar adónde han subido los normandos, los últimos llegados al escenario de la Historia, por el sentimiento de su individualidad, y adónde han bajado los árabes por la irremediable servidumbre de sus nobles almas.

III

Pero ¿nos extrañaremos de todo esto en razas estacionarias cuando adolecen de idénticos achaques las razas progresivas y cultas? Mirad lo que pasa en Portugal. Un clamor unánime dice que la nación se muere. Y sin embargo no hay entre tantos portugueses ilustres quien sea osado á decir la causa de su muerte. Mi excelso amigo Latino Coelho, publicista clásico de una elocuencia ciceroniana verdaderamente admirable, quiere curar á su patria por una revolución, lo cual equivale á querer curar á un anémico por una fiebre. Si á la crisis colonial que mengua sus territorios africanos y á la crisis mercantil que postra su cuerpo todo añadís los males propios del tránsito desde un estado á otro estado social, tened por segura la muerte. Con fórmulas externas no se desarraigan los males políticos, cual no se desarraigan los males fisiológicos nunca con sortilégicos fantaseados conjuros. Digámoslo en plata con el fin de que aprenda tanto separatista como pulula por nuestras regiones peninsulares. Un pueblo chico empeñado en tener una corte y un ministerio y una cámara y una marina y un ejército para sí aparte, necesita compensar la deficiencia de su extensión y la escasez de sus recursos con el trabajo y la industria que han enriquecido á Helvecia, Bélgica y Holanda. Los pequeños ducados germánicos, muy superiores á Portugal en devoción á la particular independencia y autonomía suyas, hanse visto en la necesidad imprescindible de mediatirse á medias primero y suprimirse luego definitivamente para engrandecer á su madre patria Germania. Tantas colonias como Portugal tiene y tantas grandezas como Portugal invoca piden gastos de representación únicamente permitidos á las grandes potencias y fuerzas capaces de imponer el debido respeto á los codiciosos competidores y émulos. En Portugal todo el mundo cree esto, como lo creo yo; pero nadie lo dice. La epístola publicada por el insigne Oliveira Martins y traducida en todos los periódicos españoles respecto de Portugal paréceme obra maestra en la crítica de los males presentes, pero débil obra en la proposición y cuenta de los remedios aplicables á la horrorosa enfermedad. Pasóle á Portugal exactamente lo mismo que le pasó á Rom



UN CHAPUZÓN, busto en barro cocido de D. Eusebio Arnáu

con la conquista del viejo mundo y á España con la invención del nuevo: fué mártir de su grandeza desmedida y de su difusión humanitaria por lo infinitos del mar y del cielo en sus maravillosas navegaciones. Tenían verdadero instinto de conservación aquellos de sus monarcas y príncipes que pretendían recluirlo dentro de su territorio y consagrarlo al cultivo de sus campos contra los que le dilataban y extendían por el mar inmenso, rodeados de islas recién surgidas en el espacio semejantes á las ninfas y sirenas que acompañaban el carro de Neptuno, su concha de nácares y madreperlas, por las etéreas aguas de la hermosa y luminosísima Grecia. Confesemos la superioridad indudable de Alfonso V, de Juan II, de D. Manuel, llamado por excelencia grande sobre nuestros demócratas contemporáneos, cuando por los medios propios de la institución que representaban, por los casamientos regios, de unos con la Beltraneja, de otros con infantas castellanas, del heredero de nuestra tierra española con la heredera del territorio portugués, requerían, buscaban, mejor dicho, encontraban la unidad interior de la península y de su espíritu, más asequible ahora que nunca, no por federaciones debilitantes para el uno y para el otro pueblo, por la unión de sus dos almas en el seno de un solo Estado, que bien pudiera ser entonces, para evitar predominios dinásticos, una grande República, semejante á la que hoy constituye la gloria y el poder de Francia. Pero, so pretexto de apreciar los dobles trabajos científicos de Latino Coelho y Oliveira Martins respecto á Portugal, me había enfrascado en ciertas consideraciones, á las cuales pongo aquí punto para convertir los ojos á otros hechos de no menos importancia, como las visitas de los marinos franceses á las costas de Rusia y los proyectos del Arzobispo Lavigerie respecto de Africa.

IV

Y puesto que hablamos de mares, cosa maravillosísima oir cómo la Marsellesa retumba en los mares bálticos y en las orejas del czar. Hace más de diez lustros que no había un buque de guerra francés aparecido por las costas del imperio ruso. Imaginaos el efecto causado en todos los ánimos por el ondeo de la insignia tricolor y por los estruendos del himno revolucionario, á cuyos matices y á cuyas cadencias huyeron en tropel espantados no hace un siglo todavía los viejos reyes absolutos de nuestra entonces oprimida y esclavizada Europa. Los que niegan el progreso, desconociendo la transformación operada en el mundo porque no surge circuída por las irradiaciones del relámpago revolucionario, habrán de persuadirse á creer que un autócrata, pontífice y monarca, saliendo del encierro donde lo recluye un sitio en regla que le tiene puesto el nihilismo, para visitar una escuadra puramente nacional, entre los colores y los himnos de la revolución, bajo una tan clara y terminante advocación como el nombre de República, seméjase mucho al romano emperador, vencido por la evidencia del Cristianismo, que gritaba con todas sus fuerzas: «¡Venciste, Galileo!» Bien es verdad que otro día el cardenal francés Lavigerie, una especie de Papa *in fieri*, mandó, con ocasión de sentar á su mesa los marinos franceses, á la orquesta de los Padres Blancos del desierto, especie de templarios nuevos, tocar la Marsellesa. Y con este motivo le asaltaron tal número de dardos piadosos, que se halló á punto de morir, y seguramente muriera en el trance de no haberle acorrido primeramente la protección del Eterno y luego la protección del Papa. Mas no habiendo podido cortar el hilo de su vida los implacables enemigos, hanle cortado la tierra bajo sus pies, negándole aquellos cuantiosos recursos destinados por el receptor á la evangelización del Africa y por los donantes ofrecidos en realidad á la reacción europea. Pocos ejemplares ofrece la historia contemporánea de un prelado como el arzobispo de Cartago. Poseedor de la sede ilustrada por el ardiente verbo de San Agustín, parece haber hallado en el campo de su acción el furor africano que mostrara en el pensamiento y en la pluma el primer padre de la Iglesia latina. Y así ha creído poder fundar unos templarios modernos, encargados de bautizar al Africa, de idéntico modo y guisa que los templarios antiguos se encargaron de bautizar al Asia. Confesad que nunca como ahora pudo con tanta razón decirse: la Humanidad se mueve y Dios la guía.



NIEVES, busto en barro cocido de D. Eusebio Arnáu

LA AUTOPSIA

(Conclusión)

IV

Y así fué la verdad, y eso suele suceder con las ariscas, que cuando se rinden, se rinden de veras. Pronto comprendió el señor Policarpo que los dos jóvenes estaban atortolados, y una tarde, cerca ya del anochecer, se llevó á Manuel de paseo hacia las Vistillas, y le dijo de esta manera:

– He notao, digo, lo ha notao todo el barrio, que usted se inclina á mi hija Magdalena. ¿No es así?

– Señor Policarpo,... contestó el joven bastante emocionado.

– Lo digo al tanto de que usted es listo y comprenderá lo que le voy á decir.

– ¡Por Dios, señor Policarpo!, interrumpió el joven con apresuramiento, que no sea lo que yo no me merezco. Hace dos meses que no vivo ni sosiego por su hija de usted; no vaya usted á entristecerme ahora que iba ya por el buen camino.

– Bueno, amiguito; pero por ese camino, que ha de ser muy breve, no se entra sino para llegar al camino real.

– Comprendo lo que quiere usted darme á entender, y no dude de que mis intenciones son rectas...

– Ahí me duele y á eso vamos. Me he informao de usted y he sabido que es usted un buen muchacho, pero que tiene familia.

– Sí, señor.

– Y que esa familia, por *mor* de clase, y por ser usted el único hijo varón, tienen, ¿cómo diré?, *ínfulas* respective á usted, y como mi hija no es más que hija de un carpintero...

– ¿Adónde va usted á parar?

– Adonde me plante en firme, amiguito, y como



AVE MARÍA, escultura de D. Eusebio Arnáu
(Premiada en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona)

estoy chapao á la antigua y como tengo tanta honra como su padre de usted, más que sea notario y rico, y como para mí Magdalena vale tanto como la princesa de Asturias, y como ya toa la vecindá se ha fijao en ella y usted, y como no me gustan amoríos de puerta de calle, ni menos dentro de casa, donde yo no puedo estar siempre pegao á mi hija, le pregunto á usted formalmente si piensa casarse con ella.

– Siempre ha sido esa mi intención...

– Norabuena. Pero es que yo también tengo mi aquel á mi modo, y no quiero trapatiestas de familia...

– No comprendo...

– Pues es bien claro. Tendré gusto en que usted se case con Magdalena, porque me parece que usted la quiere bien, y ella á usted, y ambos á dos le estamos agradecíos, pero esto ha de ser con consentimiento de su padre de usted. ¿Entiende usted?

– Sí, señor, y no dudo que me le otorgue.

– Según y conforme. Pue ser que ese buen señor se fije en la diferiencia de clase y se olvide de que el Señor fué hijo de carpintero.

– Espero que no, señor Policarpo.

– Pues bueno, amiguito, las cosas claras y á verlo vamos. Inmediatamente se larga usted á su casa, pide permiso para la boda, vuelve usted, y de lo demás yo me encargo, que aunque pobre, no estoy tan desbalijado, y el que se case con mi hija no se llevará una zurrapastrosa. ¿Ha entendido usted?

– Sí, señor Policarpo.

– ¿De suerte que va usted á ver á su familia?

– En cuanto termine el curso, que es á fin de mes.

– Pues hasta entonces mucho ojo, amiguito. No ande usted rondando por el barrio, vaya á casa á la hora en que yo esté en ella. Por lo demás, no pasará de la tienda. ¿Entiende usted?

– Bien, señor Policarpo. Con tal de ver á Magdalena...

– Y demasiao que la verá usted. Ya saben las mujeres el modo de dejarse ver. ¿Estamos conformes?

– Lo dicho, dicho...

– Y la boda á la puerta.

V

Al señor Policarpo le gustaba la línea recta, pero los amantes suelen preferir las curvas. El bueno del carpintero no tuvo queja de la conducta de los jóvenes, y algunos días les proporcionó un rato de expansión, acompañándoles al Retiro por la mañanita temprano antes de abrir la tienda. Esto solía suceder en días de trabajo, pues todos los sábados por la noche el honrado menestral iba al café de San Millán á echar una cana al aire hasta algo entrada la noche, y por consecuencia los domingos acostumbraba á levantarse tarde. Y como los enamorados son tan ingeniosos para buscar ocasiones, Magdalena aprovechaba esta pereza de su padre y el pretexto de ir á la compra para reunirse con Manuel y marcharse con él, no á los cerros de Ubeda, porque están lejos de Madrid, pero sí alguna vez á los de San Isidro del Campo ú á otros parajes solitarios. Entretanto iba pasando el tiempo sin sentir y llegó el fin del curso del joven estudiante, el cual algunos días después recibió carta de su padre, mandándole que pidiese licencia en el hospital y fuese á Burgos, pues su madre, que se hallaba algo enferma, quería verle. Hízolo así Manuel: se despidió de Magdalena no sé cómo, del señor Policarpo con un expresivo apretón de manos, y á las pocas horas hallóse en Burgos, en su casa, al lado de la cama de su madre, á la que encontró postrada con una fiebre tifoidea. Con este motivo no creyó oportuno hablar á su padre ni á sus dos hermanas de Magdalena, como era su intención, y dedicóse como toda la familia al cuidado de la enferma. Agravóse ésta, y todos alternaban en asistirla día y noche, no sólo los de la casa, sino también una vecinita hija de un hacendado, antiguo amigo de la familia. La vecinita llamábase Carmen, tenía diez y siete años, y era todo lo linda que son las rubias, cuando lo son. En los últimos tres años Manuel sólo había pasado una corta temporada al lado de la familia, dando la casualidad de que por entonces Carmen se hallara en Alcalá de Henares en casa de una tía suya, y con este motivo el joven estudiante no la había visto desde que tenía catorce años de edad. Entonces era una chicuela flacucha y deformada, y por eso Manuel se sorprendió de verla hecha una jovencita fina y preciosamente desarrollada. Hay amantes que son aficionados á las comparaciones: aquél era uno de ellos, y aunque preocupado siempre con el recuerdo de Magdalena, como con motivo de cuidar á la enferma pasábase largos ratos *vis a vis* de Carmen, no podía menos de cotejarla con la carpinterita de Madrid. Ambas eran tipos distintos, pero igualmente apetitosos: una por su morena y arrogante hermosura, la otra por su delicada y expresiva beldad.

En esto de mujeres, la mayor parte de los hombres son iguales: aunque tengan predilección por un tipo especial, suelen gustarles todos.

Manuel recibió una larga carta de Magdalena á la que contestó con una algo más breve, y espoleado por la amorosa misiva de su amada, aprovechó un intervalo de mejoría de su madre para hablar á su padre de sus proyectos respecto á la carpinterita. Don Diego Almazán, que así se llamaba el padre de Manuel, era un notario brusco, vivo de genio, breve de palabras y conciso de razonamientos. Apenas inició su hijo su pensamiento, le atajó con el siguiente contundente período:

– Mira, muchacho, tú puedes casarte con quien quieras, pues eres ciudadano español y libre; pero con mi consentimiento nunca lo harás con esa carpintera que será tan ruda como las tablas que sierra su padre.

– Pero...

– Nada, nada. Si ya te escarabajea el deseo de casarte, busca por aquí cerca, si no eres topo, lo que mejor te conviene.

Y dicho esto, se fué, dejando á su hijo con la palabra en la boca.

Manuel comprendió que su padre aludía á la rubia Carmencita, y con este motivo se fijó más en ella durante las veladas en que la caritativa joven le ayudaba á asistir á la enferma, descubriendo nuevos horizontes de encantos y de miradas intencionadas por parte de aquélla.

Desde entonces me figuro que se libró un combate de incertidumbre en el ánimo del estudiante. Le inquietaba el recuerdo de Magdalena, y además, como era bueno y honrado, otra causa que supo por las últimas cartas que ésta le escribió. Andaba melancólico y preocupado como el que no está satisfecho de sí mismo, y sólo una pena más grande le distrajo durante unos días de sus cavilosidades. Fué esta pena la de la muerte de su madre.

Pasó un par de meses verdaderamente afligido, si bien es cierto que las atenciones y expresivas miradas de Carmencita sirviéranle de algún lenitivo en su dolor. Acabósele la licencia que le habían dado en el hospital, y como además faltaba poco para abrirse el curso, regresó Manuel á Madrid, muy intranquilo porque hacía dos meses que no sabía de Magdalena. Aunque llegó á la villa y corte bien de día y aunque le espoleaba el deseo, ó mejor dicho, la conciencia, no se atrevió á pasar por la Cava Baja hasta bien entrada la noche. No quería que le viesen los vecinos que le conocían, y él sabía el porqué. Por fin á las diez entró por Puerta Cerrada en la susodicha calle, inquieto y receloso.

La mayor parte de las tiendas y posadas estaban ya cerradas. El joven estudiante se encaminó hacia la carpintería por la acera de enfrente. Llegó, vió que estaba cerrada, lo cual nada tenía de particular; pero al fijarse en la muestra, en lugar del rótulo que antes decía *Carpintería de Arenales*, leyó la lacónica palabra *Frutería*: Quedóse consternado, porque sabía el apego que el señor Policarpo tenía á su tienda y receló una desgracia. La puerta de la casa estaba cerrada, pero enfrente había abierta una tienda de comestibles. Estuvo á punto de entrar en ella á informarse; pero cuando atravesaba la calle para hacerlo, vió á la puerta de una barbería contigua á un joven condiscípulo suyo.

– ¡Hola, Berzosa! ¿Está usted ahora aquí?

– ¿Qué remedio? Es preciso buscarse la vida para concluir la carrera. Hace dos meses que me dedico al peliagudo oficio de rascar la cara del prójimo.

– ¿Ha conocido usted á un carpintero que vivía ahí enfrente?

– ¿Al señor Policarpo? Sí.

– ¿Y á su hija?

– También, aunque poco tiempo.

– ¿Se han mudado?

– Él, al otro barrio, quiero decir al cementerio de la Patriarcal.

– ¡Ha muerto! ¿Y ella?

– ¿Quién, la hija?...

En este momento una voz llamó al joven Berzosa desde dentro y este dijo á Manuel:

– Dispense usted, me llaman, vamos á cerrar la tienda.

– ¿Tiene usted algo que hacer?

– Nada.

– ¿Va usted á salir?

– Ahora mismo, en cuanto cierre aquí.

– ¿Me hace usted el favor de ir al café de Puerta de Moros, donde le aguardaré?

– Con mucho gusto.

– ¡Pues hasta ahora!

– Hasta ahora.

VI

Instalados ya en una mesa del café de Puerta de Moros tomando una grande de cerveza con limón, Berzosa, el oficial de barbero, dijo á su condiscípulo Manuel, que le acosaba á preguntas respecto á Magdalena y su padre:

– Si quiere usted que le diga lo poco que sé y he podido observar, óigame con paciencia y no me interrumpa, para que no sea el cuento de no acabar.

– Escucho á usted y callaré como un muerto.

– Pues bueno, sepa usted que cuando yo tomé plaza en la barbería se hablaba mucho de Magdalena y de su padre el señor Policarpo entre todos los vecinos del barrio.

– Ya lo creo...

– No me interrumpa usted... Se hablaba mucho de Magdalena, pero con tales reticencias y comentarios, que picada mi curiosidad traté de ponerme al tanto respecto á la familia del carpintero.

– Pero ¿qué decían?

– Decían que la carpintera tenía ó había tenido un novio estudiante de medicina... Pero ¡calle! ¿qué apostamos á que ese novio es usted?

– Pues bien: sí, amigo Berzosa, soy yo, y ahora comprenderá usted mi interés y mi impaciencia. Siga usted.

– Es que ya no sé cómo hacerlo, dijo el barbero bebiendo un sorbo de cerveza, porque lo que se decía de Magdalena, y especialmente de usted, tiene su intríngulis.

– Sea usted franco y no me oculte nada. ¿Qué decían de mí?

– Pues sencillamente que era usted un pillo, que había engañado á la muchacha dándola palabra de casamiento, y que cuando se salió con la suya hizo la procesión del niño perdido.

– ¡Ah!

– La tendera de comestibles de la esquina y Rosa, la hija del latonero de enfrente, estaban al pelo de lo que pasaba en la carpintería, que según ellas era una continua desazón entre padre é hija. Magdalena no se dejaba ver, pero las buenas vecinas ya habían husmeado el motivo, pregonándolo por el barrio... Pero ¿qué tiene usted, se pone usted malo?

– No, nada; siga usted.

– Ya poco me falta que decir. Los acontecimientos se sucedieron con rapidez, como dicen las novelas por entregas. El señor Policarpo, que antes sólo iba al café los sábados, dió en ir todas las noches á la taberna, cesó el trabajo en la carpintería, pocos días después vimos un papel pegado á la pared, que decía: *Se traspasa esta tienda*, y á las pocas noches supimos que el carpintero había muerto de un colapso cardíaco.

– Pero ¿y su hija Magdalena?

– Nadie del barrio ha vuelto á verla. Una mañana apareció la carpintería transformada como por encanto en frutería, y ni la tendera ni Rosa, que todo lo saben, ni el mismo alcalde de barrio han podido averiguar lo que ha sido desde entonces de la hija del carpintero...

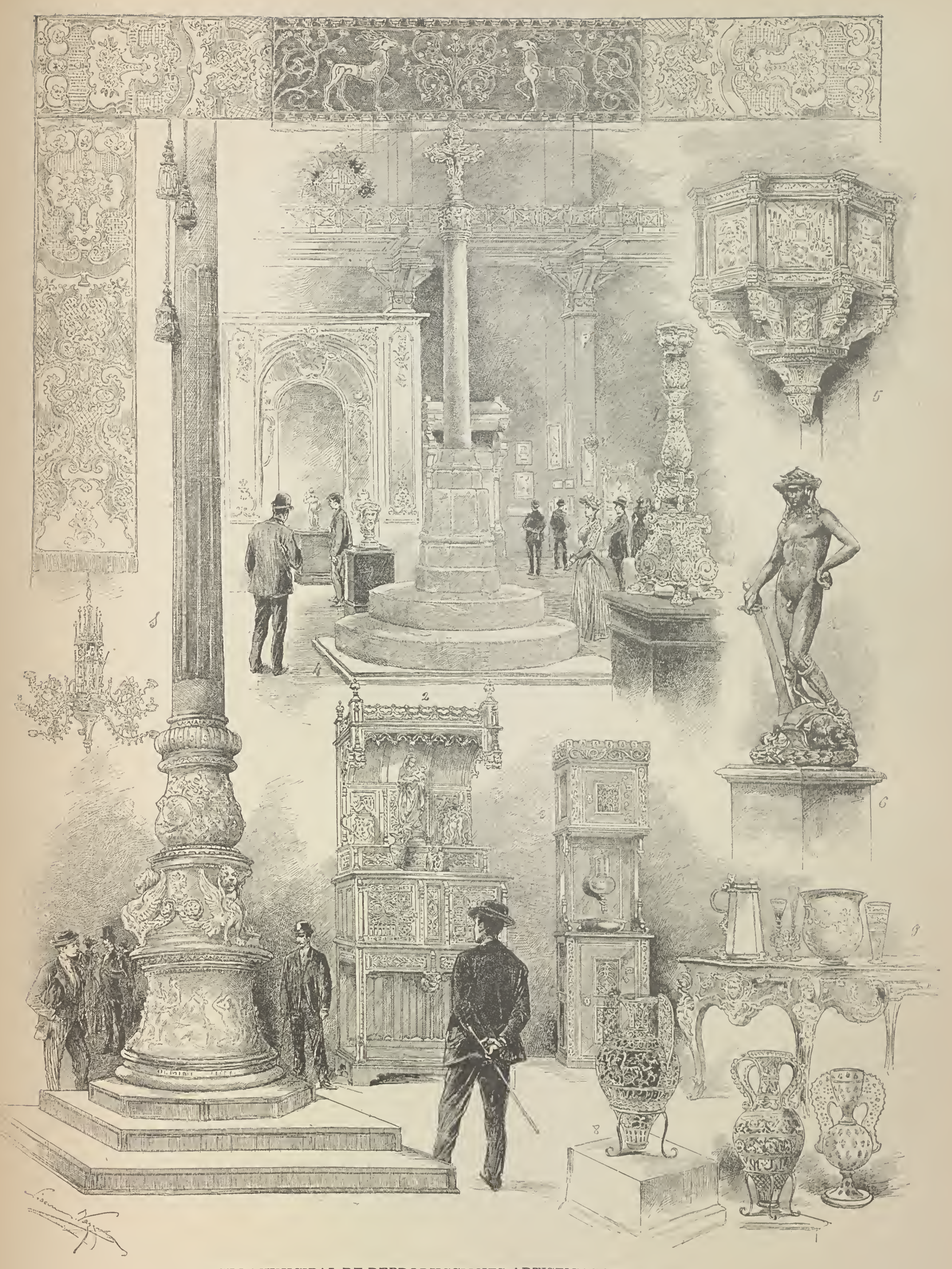
VII

Este breve y destartalado relato del oficial de barbero bastó á Manuel para reconstruir por inducción el drama íntimo de la carpintería del señor Policarpo, las gradaciones psicológicas por las que el honrado y trabajador menestral había llegado á la pereza y embriaguez, la vergüenza de Magdalena viéndose deshonrada y desatendida, y la fiereza madrileña que sólo permitió á ésta escribir tres cartas á su ingrato seductor. La rápida catástrofe de aquella familia había sido obra suya, y el joven estudiante, que tenía conciencia y corazón, lo reconocía así.

Pero ¿qué había sido de Magdalena y de su hermano? Era preciso averiguarlo á toda costa. El la amaba, no había amado más que á ella, á pesar del pasajero devaneo por la rubia burgalesa. El buscaría á la infeliz á quien había perdido, y la ofrecería, á pesar de su padre y de todo el mundo, la única reparación posible de su falta.

Y con efecto, Manuel no omitió medio para conseguir su propósito.

Fué á ver al alcalde de barrio, dió aviso en el Gobierno civil, se informó por segunda mano de los vecinos de la Cava Baja, incluso el frutero, que á la sazón ocupaba el que fué obrador de carpintería, puso anuncios en *La Correspondencia* y otros periódicos, se personó en el pueblo de Navalcarnero, de donde fué natural el señor Policarpo... Nada, sus gestiones fueron inútiles, nadie le proporcionó ni el más leve indicio; parecía que la tierra se había tragado á Magdalena.



MUSEO MUNICIPAL DE REPRODUCCIONES ARTISTICAS DE BARCELONA

1. Mástil ó portabandera de San Marcos de Venecia. – 2. Credencia gótica. – 3. Armario gótico con aguamanil. – 4. Cruz de término de San Martín de Provensals
5. Púlpito de Santa Croce, Florencia, obra de Maiano Benedetto. – 6. Estatua en bronce, David, obra de Donatello
7. Candelabro de la capilla de San Lorenzo, obra de Miguel Angel. – 8. Jarrón árabe, de la colección del Barón de Rothschild. – 9. Mesa estilo regencia, exornada con bronces cincelados, reproducción de la existente en el ministerio de Marina de Francia

¿Sería así? ¿Habría muerto? Manuel rechazaba con horror esta idea, y acariciaba como más probable la de que Magdalena se habría ausentado de Madrid.

Pero ¿dónde habría ido?

Si ciertas faltas pudiesen purgarse, Manuel purgaba bien la suya. Su conciencia le reprochaba cada día más.

Después de pesquisas que duraron tres meses, llegó por fin á desanimarse y no insistir. Se resignó, con esa resignación á que alude Espronceda al decir:

> ¿Quién no lleva escondido
> un rayo de dolor dentro del pecho?...

Una mañana él y otros condiscípulos del último año acompañaron á su catedrático á la sala de autopsias del colegio de San Carlos, en donde había tres cadáveres, uno de mujer y dos de hombre.

El de ésta estaba tapado con un lienzo de harpillera.

– Demos la preferencia al bello sexo, dijo el profesor, que era algo bromista. A ver, Almazán, reconozca usted á esa individua, y díganos, si puede, de qué mal ha muerto.

Adelantóse Manuel, tiró de una de las puntas del lienzo que cubría el cadáver, miró, y cayó al suelo retorciéndose con las convulsiones de un síncope nervioso.

Acudieron en su auxilio, pero viendo que tardaba en volver en sí, el catedrático dijo con la mayor indiferencia:

– Que le lleven á la enfermería. Usted, Rodríguez, que está el segundo en lista, extirpe el tumor en el corazón de que probablemente ha muerto esa mujer.

Y mientras acudían los mozos y se llevaban á Manuel vió éste, por extraña lucidez de su delirio, el bisturí rasgando el pecho de la infeliz Magdalena.

. . . .

Si en Burgos se toman informes respecto al doctor Almazán, todos contestan con estas ó parecidas palabras:

– «¡Oh! D. Manuel Almazán es uno de los mejores médicos y el primer cirujano de España; pero al mismo tiempo es el hombre más raro que existe bajo la capa del cielo. Nunca ha querido casarse. Fuera de sus deberes profesionales, no se trata con nadie, ni casi con su padre y hermanas. Vive solo como un buho en su agujero. Apenas se le oye el metal de la voz. Su porvenir está en la Cartuja.»

F. Moreno Godino

SECCIÓN AMERICANA

EL VALLE DE LAS TRES COLINAS

POR N. HAWTHORNE

Entonces, cuando los sucesos más naturales y corrientes de la vida se confundían por modo singularísimo con lo extraordinario y fantástico, encontráronse al obscurecer de cierto día dos mujeres en el Valle de las Tres Colinas, sitio convenido por ellas de antemano. Era una de las encontradizas joven y hermosa en extremo; pero en su rostro, aunque agraciado y seductor, luego se advertía cierto malestar indefinible, producido acaso de secreto remordimiento y acaso también de cruel é irremediable dolencia. Era vieja la otra y estaba vestida de harapos, y tan enjuta, rugosa y consumida, que más parecía imagen de la muerte ó insepulto cadáver de la decrepitud, rebujado en jirones de mortaja.

Y tal y tan recóndito era el lugar donde se hallaron las dos mujeres, que nadie habría podido sorprenderlas en él. Tres colinas, no muy empinadas, formando triángulo, cerraban casi geométricamente un espacio de hasta dos ó trescientos pies de diámetro, desde donde apenas podía divisarse la copa de un empinado cedro que se alzaba gallardo en la cumbre de una de ellas: estaban las tres pobladas de pinos bajos y desmedrados por la vertiente interior del valle, cuyo fondo cubría una mullida alfombra de larga y espesa hierba seca y amarillenta del sol: troncos de árboles yacían en el suelo casi envueltos en musgo, y uno, en otro tiempo robusta encina y á la sazón despojo carcomido del tiempo, extendía su cuerpo gigantesco cerca de un charco de agua llovediza y estancada. Así era el teatro donde se representó el drama que voy á referir en pocas palabras.

Si he de dar crédito á la tradición, este lugar tan lúgubre y medroso lo frecuentaban otro tiempo malos espíritus, los cuales, al mediar la noche y á las veces á la hora del crepúsculo, acudían á él para celebrar sus tenebrosas reuniones alrededor de la charca, enturbiando sus aguas, nada cristalinas, con las inmundas ceremonias que hacían.

Allí, pues, y á la puesta del sol de una tarde no muy apacible del otoño, y cuando los últimos rayos del luminar del día esparcían sus reflejos por las crestas de los cerros vecinos, mientras que por los flancos iba descendiendo al valle densa obscuridad, dijo la vieja con voz cascada y balbuciente: «Heme aquí, exacta y fiel á la cita que me diste. Ahora di presto y sin empacho qué me quieres, porque sólo tenemos una hora de tiempo.»

Al oir hablar á la vieja, que por cierto era horrible, se dibujó en los labios de la joven una sonrisa vaga y triste, como la luz vacilante de una lámpara sepulcral; y temblando y con los ojos fijos en la orilla de la charca, dudó de poner en ejecución el designio proyectado; pero la fatalidad lo dispuso de otra suerte.

– Soy extranjera, prorrumpió, haciendo un esfuerzo para hablar; poco importa que diga de dónde vengo; pero como he dejado lejos de aquí aquellos á quienes se halla ligado mi destino y de quienes me veo separada para siempre, siento el corazón oprimido de un peso insoportable y quiero saber de todos ellos.

– ¿Quién puede, hija mía, en este lugar desierto darte nuevas de lo que sucede al otro extremo de la tierra?, exclamó la vieja considerándola fijamente. No serán por cierto labios humanos los que satisfagan tu deseo; mas si tienes corazón, antes que la luz haya desaparecido de la cresta de esas colinas, lo habrás logrado.

– Aunque muera por ello, quiero saber de los míos, dijo la extranjera con desesperación.

La vieja entonces tomó asiento en el tronco carcomido de la encina, y echando hacia atrás la capucha, dejó al descubierto y flotar libres á merced del viento los mechones grises de su despoblada cabellera. Después hizo seña á la joven para que se acercase.

– Ponte de rodillas, la dijo, y descansa en mi falda la frente.

Vaciló un momento la interpelada; pero cediendo al fin á la curiosidad, obedeció á la bruja con un movimiento tan rápido, que la orilla de su vestido quedó dentro de la charca. Hecho esto, la vieja cubrió con su capa la cabeza de la joven, y comenzó á murmurar las palabras de la invocación, al oir las cuales, quiso levantarse llena de terror aquella por quien se decían, y exclamó:

– Deja que huya y que me oculte á sus ojos y vaya donde nadie me vea.

Mas luego cedió de nuevo á su invencible afán, y pálida como una muerta calló y quedó inmóvil escuchando.

Y en efecto, le pareció entonces que percibía de una manera confusa y vaga primero, y clara y distinta después, aunque mezcladas con la de la bruja, voces que conocía desde la infancia, y cuyo acento no se había borrado nunca de su memoria en medio de los azares de su vida errante y aventurera y de todas las vicisitudes prósperas y adversas de su corazón y de su fortuna. Y cuando las voces se hicieron más perceptibles, no fué porque se acercaran, sino porque su atención subía de punto y se abstraía por completo, queriendo entender lo que decían, como quien se afana por leer los renglones confusos de un libro á la postrera y velada luz del crepúsculo de la tarde.

Cesó la invocación, y la extranjera, que continuaba en la misma postura, oyó hablar á dos personas ancianas, hombre y mujer, y sus voces parecían elevarse, no á su lado, en aquella soledad, sino en una vivienda cuyos muros enviaran el eco de las palabras, y percibía el mugido del viento que azotaba los cristales, la oscilación de la péndola del reloj, el ruido que hacían los pedazos de cok ardiendo al caer de su peso en el cenicero del hogar y cuanto podía ser parte á dar apariencia de realidad á la escena cuyo cuadro se desarrollaba en su imaginación con el auxilio del oído.

Los dos ancianos se habían sentado delante de la chimenea: el hombre, poseído de muda desesperación; la mujer, sollozando y con el rostro inundado de lágrimas. ¡Qué palabras tan tristes se decían! Hablaban de una hija errante no sabían dónde, abrumada bajo el peso de la deshonra, y que había fiado al dolor y á la vergüeza la obligación de llevar á sus padres al sepulcro. Hablaban también de otra desgracia más reciente; pero su plática se confundió con un rumor de hojas secas barridas del viento, y cuando la extranjera levantó la cabeza y miró á la bruja, le dijo ésta:

– Los pobres viejos pasan muy tristes los últimos días de su vida, ¿no es verdad?

– ¿Los oíste?, preguntó la joven llena de temor.

– Sí, por cierto; mas aún nos quedan otras cosas que oir, replicó la vieja; deja que te cubra la cabeza.

De nuevo se alzó la monótona voz de la hechicera, que pronunciaba palabras dirigidas al espíritu del mal, y apenas comenzada, fué acepta esta vez la misteriosa invocación, pues muy luego, en medio de una pausa, se hizo perceptible un ruido extraño que, subiendo rápidamente, acabó por dominar los cascados acentos de la temerosa plegaria. Eran gritos desgarradores los que se oían, y como si brotaran de las entrañas de la tierra; después una salmodia lenta, suave y acompasada que cantaba un coro de mujeres; después carcajadas, á seguida gemidos y sollozos, mezcla todo ello incoherente y confusa de terror, de aflicción y de alegría; más luego, ruido de cadenas, palabras injuriosas, invectivas, amenazas, crujir de látigos, alaridos de dolor, maldiciones, rumor de gentes fugitivas que huían en tropel, y á poco de quedar todo en silencio, los acordes de un laúd y una canción amorosa, interrumpida, no bien comenzada, con los fúnebres tañidos de una campana.

Convulsa y casi desfallecida de miedo, con el espectáculo que ofrecía el torbellino espantable de aquella muchedumbre de pasiones desenfrenadas, estaba la joven, cuando de nuevo se hizo un silencio sepulcral y pudo percibir clara y distinta la voz de un hombre, sonora y grave, y acaso en otro tiempo melodiosa y potente, que después de pronunciar algunas pocas palabras se alejó. La madera del pavimento crujía oprimida bajo los pies del aparecido, que andaba sin dirección fija de una manera febril y descompuesta. En medio de una orgía iba buscando á quien confiar sus dolores; y cuando hallaba oyente, le refería la historia de una perfidia de mujer, pero de la mujer propia que faltó á todos sus deberes y rompió cuantos juramentos hizo, de un corazón herido y quebrantado, de un hogar desierto y de una familia desolada; mas sus quejas se perdían entre gritos, carcajadas y sollozos que resonaban alrededor suyo é iban subiendo en infernal *crescendo*, para bajar insensiblemente hasta el punto de confundirse y hacer una cosa misma con el rumor del viento que gemía entre los pinos de las tres colinas.

Al levantar los ojos vió la extranjera fijos en ella los de la vieja.

– ¡Cuán cierto es, dijo la joven para sí, que la risa vence al llanto!

– ¿Quieres saber algo más?, le preguntó la bruja.

– Quisiera oir una voz que me importa mucho.

– Sea presto; que se hace tarde.

La luz del crepúsculo bañaba todavía las cumbres; pero el fondo del valle parecía envuelto en densa veladura de sombras, que iban elevándose lentamente por las laderas como un vapor y cual si aquel fuera el lugar de donde salieran las tinieblas para extenderse por el mundo.

La repugnante vieja comenzó por tercera vez la invocación; y al cabo de un espacio de silencio, rasgó el aire el son de una campana que parecía salir de alguna torre añosa y cubierta de hiedra para dar noticia de la muerte á los ecos vecinos, y avisar á la cabaña y al castillo, al pastor solitario y al magnate que vive rodeado de servidores, que todos deben preocuparse del fin que les aguarda. Luego se oyeron los pasos uniformes de cuatro niños, y á juzgar de la mesura con que caminaban, sin verlos se comprendía que traían un ataúd. Delante iba un sacerdote, recitando algunas oraciones, mientras el viento agitaba las hojas de su libro de rezo. Después muchos hombres y mujeres, y al pasar oyó la extranjera que proferían maldiciones y anatemas contra la hija que afrentó las canas de sus padres; contra la esposa que hizo traición á la confianza y al amor del esposo, y contra la madre desnaturalizada que dejó morir olvidado á su hijo.

El fúnebre cortejo se desvaneció en lontananza como tenue vapor, y el aire que acababa de acariciar el blanco lienzo en que reposaba el cadáver del niño pareció suspirar por allí cerca entre los pinos de las tres colinas.

La vieja empujó entonces suavemente á la joven; pero la infeliz no se movió.

¡Estaba muerta!

Traducido por M. Juderias Bénder

MUSEO MUNICIPAL

DE REPRODUCCIONES ARTÍSTICAS DE BARCELONA

Intima es la conexión que existe entre todas las reproducciones, lo mismo las que responden á elevados fines, en armonía con su destino, como las que utiliza el hombre para destruir lo que con él fué creado. La sola agrupación de una rama, la reunión de objetos similares, destinados á iguales usos y semejantes aplicaciones, desde los primeros siglos á la época presente, basta para estudiar los progresos y evoluciones de la humanidad. Cada ejemplar comparado con el que le antecede acusa desde luego un

avance, un intento noble del hombre para perfeccionar su primera obra; empeño que persigue durante el transcurso de los siglos, cual si este deseo se acrecentara á la vez que se desenvuelve su inteligencia y se desarrollan los medios de su acción. Por eso sus manifestaciones continuadas representan, en su no interrumpida reproducción, al través de las edades, las costumbres, las tendencias y la historia de las sociedades y de los pueblos.

A estas consideraciones obedece la creación de los Museos. Su formación representa siempre prolijas investigaciones, y exige una inteligente y experta dirección, ya que sin poseer especialísimos y vastos conocimientos, como reclama el complicado estudio de la íntima existencia de los pueblos, no es posible su ordenada clasificación. Las dificultades crecen cuando se trata de complexas manifestaciones, en las que han debido intervenir diversos artistas y artífices, pues entonces precisa conocer el proceso que informa la unión de cada rama. Tal sucede con las derivaciones arqueológicas, que representan en cada época el producto del ingenio del hombre y el progreso realizado en las artes y las ciencias.

Cierto es que la naturaleza es hoy la misma que ayer, que el artífice vacia sus modelos en semejantes moldes, y que el artista persigue idénticos ideales, buscando antaño como hogaño la forma de la belleza; pero no es menos indudable que han variado los medios de obtenerla y representarla. No en todas las épocas han tenido los hombres la misma inspiración, ni han apreciado el arte de igual manera; derivándose, por ende, de tales diferencias la diversidad de escuelas, motivos y asuntos, sin que por ello hayan dejado unos y otros de perseguir siempre la belleza.



MEDITACIÓN, cuadro de D. Emilio Sala

España, que conserva tantos recuerdos de su cultura y grandeza, no cuenta, por más que sea doloroso confesarlo, con el número de Museos y colecciones que poseen otros países más afortunados, en donde el hombre de ciencia, el artista y el industrial puedan comparar, aprender y estudiar los antiguos moldes y analizar las producciones de los pasados tiempos. Empeñada España primero en las luchas que habían de determinar su nacionalidad, entregada después á sus atrevidas empresas de engrandecimiento y poderío, y por último, quebrantada por las guerras y contiendas civiles, no pudo disfrutar durante un largo período de tiempo de los beneficios de la paz y obtener de ella las ventajas que proporciona. Las iglesias, los conventos y los palacios de los magnates guardaban las obras más notables de los artistas y artífices, los libros de los sabios y escritores; viniendo á ser, por lo tanto, los únicos Museos y bibliotecas que existían en nuestra patria. A la ilustrada iniciativa de algunos monarcas, entre ellos Carlos III, de gloriosa memoria, debióse la fundación de los primeros Museos, enriquecidos después por el interés y desvelo de sus sucesores. Pero aun así, sólo en la corte y en las capitales de algunas provincias existen colecciones especiales, con carácter oficial, que pueden ser visitadas libremente por el público, ya que si bien es cierto que existen muchos Museos particulares que abrazan una sola rama de la arqueología ó de las Bellas Artes y que pueden ser visitados con fruto por las enseñanzas que de ellos se derivan, no ha tenido todavía imitadores la costumbre generalizada en otros países de que tales preciosos depósitos de objetos, que con grandísima dificultad se logra adquirir y organizar, formando un selecto conjunto, se pongan á disposición de la generalidad, invitándola á su estudio con el ánimo de que de él ha de reportarse grandísima utilidad para el mejoramiento de las industrias y de la pública ilustración.

Barcelona, iniciadora del renacimiento artístico é industrial de España, con sobrados títulos, con medios y elementos para poseer quizás los mejores Museos peninsulares, no ha podido envanecerse hasta hace poco con esta clase de manifestaciones de cultura con que cuentan otras ciudades españolas de menos importancia.

Cierto es que las colecciones particulares son numerosas y de inestimable valor, pero éstas no bastan ni responden á las necesidades y aspiraciones que distinguen á la segunda capital de España. Las varias secciones y grupos que figuraron en la Exposición Universal demuestran el grado de adelanto y la vitalidad de las provincias catalanas. El movimiento evolutivo que se inició hace veinte años, mostróse entonces en brillantes formas, potente y vigoroso, dando muestras de esa virilidad iniciadora de las grandes creaciones. Gracias á la iniciativa particular, se ha constituído un centro productor que nos exime del vasallaje que durante largo período de triunfo hemos rendido á otros países más afortunados. Comenzóse por reemplazar la clásica simetría por la ponderación: la aplicación de la variedad en vez de la uniformidad, estudiándose los tonos y los matices para producir de sus gradaciones los cuadros corpóreos, las creaciones industriales que determinan la aplicación del sello artístico á todo, desde lo más nimio á lo más importante. De ahí que exista platería y mueblaje artístico en todas sus formas y apli-

HÉROES ANÓNIMOS, cuadro de D. Juan Luna. (Salón del Campo de Marte, París, 1891.)



CICERÓN CONTRA CATILINA, fresco de César Macari. (Existente en la sala del Senado de Roma.)



«¡Y SIN EMBARGO SE MUEVE!,» cuadro del profesor Barabino. (Existente en el palacio Orsini de Génova.)

ciones, vidriería de color á la usanza de los tiempos medios, tapicería, bronces de arte, fundición artística, cincelado, batido y repujado en varias clases de metales, y por último, la pintura y la escultura. Parece como que Barcelona haya tratado de asumir la representación artística de España.

Atento el Municipio á cuanto tienda á mejorar y desarrollar las fuerzas activas que se hallan reunidas en nuestra ciudad, que determinan como inmediata consecuencia la cultura y la ilustración, cundió la celebración periódica de Exposiciones, para que los artistas y artífices pudieran contender en noble palenque, dando muestras de su habilidad y adelanto, y con mejor acuerdo, la creación de Museos, para que con ellos pudieran recoger provechosas enseñanzas. En 4 de septiembre del año último acordóse la del Museo municipal de reproducciones artísticas, de indiscutible utilidad, cuando se trata de un pueblo que como el de Barcelona figura en primera línea por sus manifestaciones artísticas é industriales. Confióse á una comisión compuesta de arquitectos, críticos y artistas el estudio y plan de la formación del Museo, y preciso es hacer constar que el informe emitido responde desde luego á las aspiraciones y necesidades de nuestra ciudad. Difícil era la empresa, pero en el plan cuidadosamente estudiado tuviéronse en cuenta todas las ramas, todos los factores que pueden servir de utilidad para las creaciones de esta privilegiada región. Escogióse al efecto, la gran nave que cobijó en su recinto la sección oficial de la primera Exposición Universal Española, en cuyo vastísimo salón de 100 metros de longitud por 25 de anchura podían emplazarse cómodamente las múltiples secciones que habían de constituir el Museo. En él tienen ya representación bellísimas obras de arquitectura, escultura, talla ó escultura decorativa, cerámica, vidriería, mosaicos, esmaltes, joyería, cerrajería, mobiliario, tejidos, bordados, encajes, indumentaria, bronces, gálvanos, etc., etc. Pueden ya admirarse las reproducciones de las obras más notables de la antigüedad, de los tiempos medios ó modernos, ya en forma de vaciados ó ejecutadas en la misma materia que los originales. La base constitúyenla las manifestaciones artísticas principales de todas las épocas y todos los pueblos, proponiéndose la comisión completar la ya rica colección con las valiosas producciones peninsulares, con las obras maestras que poseemos, dando preferente lugar á las de esta región, ó sea aquellas que por fortuna se conservan en Aragón, Valencia, Cataluña, las Baleares, el Rosellón y Provenza. Y entiéndase que esta prioridad no puede significar exclusivismo, ya que responde, á nuestro modo de ver, al propósito de ofrecer á nuestros artistas y artífices modelos y ejemplos determinados de nuestras tradiciones, propios de nuestra naturaleza y adoptados á las condiciones de nuestra raza.

En 29 de junio último inauguróse solemnemente por el entonces Alcalde Excmo. Sr. D. Juan Coll y Pujol la que pudiéramos llamar primera sección, la base del Museo, y á pesar del breve período de tiempo transcurrido nos es grato consignar que se ha ampliado notablemente, gracias al interés que merece al actual Alcalde Excmo. Sr. D. Manuel Porcar y Tió y á la ilustrada comisión que preside, á quienes cabe sin duda la gloria de haber desarrollado y completado la obra iniciada por sus antecesores de manera que responda cumplidamente al objeto y fin de la fundación del Museo.

Y tal es así, que aparte de las importantes obras con que se ha enriquecido, hállase casi terminada la reproducción, dirigida por el Director del Museo el distinguido artista D. José Luis Pellicer, de un ala del claustro del célebre cenobio del San Cugat del Vallés, á la que seguirán, según acuerdos adoptados por la comisión, la de otras no menos importantes, como son los panteones reales de Santas Creus, conjuntos de la catedral de Tarragona, detalles de Poblet, etc., etc.

La decoración interior del Museo la constituirán las obras reproducidas, aprovechándose las condiciones del edificio para la colocación de arcos formeros, aleros, pretiles, pináculos, gárgolas, cornisamentos, artesonados, etc.

Hacer patente la importancia de esta institución, á cuyo establecimiento tan poderosamente contribuye nuestro Municipio, creemos inútil hacerlo constar, puesto que está en el ánimo de todos. Las primeras naciones deben el lisonjero estado de sus artes é industrias á la posesión de sus grandes Museos, y no dudamos que Barcelona, que ya figura por sus poderosas iniciativas á la cabeza del movimiento peninsular, podrá alcanzar la meta que desean todos los amantes de la grandeza de nuestra patria.

Barcelona, los artistas, los industriales, los obreros y cuantos dedican al trabajo la suma de sus actividades deben gratitud á la corporación municipal, que al instituir este Museo les ha ofrecido medios para lograr la enseñanza que ha de conducirles al perfeccionamiento.

A. GARCIA LLANSÓ

NUESTROS GRABADOS

En la playa, cuadro de D. F. Miralles.—Lo que tantas veces hemos dicho de nuestro distinguido compatriota, fuerza es repetirlo á propósito del cuadro suyo que hoy publicamos. Ora reproduzca en sus lienzos el campo con los dulces atractivos que los poéticos alrededores de París ofrecen, ora pinte las hermosas playas tan frecuentadas durante el verano por sociedad escogidísima; ya busque asuntos para sus composiciones en las costumbres parisienes, ya llene sus cuadros con algún retrato, la característica de Miralles es la elegancia, el *chic*, que como nadie saben expresar los que en París viven y respiran entre las altas clases sociales de aquella ciudad, esa atmósfera de buen tono que en medio de sus excesos ha conservado siempre la capital de Francia. Saturado de ella, el autor de *En la playa* no pierde ocasión para demostrar cuán refinado es su gusto y cuán bien ha sabido identificarse con el medio en que trabaja; no haya miedo que se deje seducir por los halagos del naturalismo crudo que junto á él crece y se desarrolla, mas tampoco se crea que llevado de sus aficiones se lanza á espacios imaginarios en busca de trasnochados idealismos. Miralles no quiere más modelos que aquellos con que la naturaleza ó la realidad de la vida le brindan; pero su delicado sentimiento artístico, sus tendencias aristocráticas, por decirlo así, dentro del arte le impulsan á no fijar su atención más que en las notas de graciosa belleza que, sin entrar en el campo de lo convencional, acusan un trabajo de selección de los mil motivos, no todos bellos, aunque todos igualmente verdaderos, que el pintor sin salirse de lo real encuentra á cada paso. Miralles sabe escoger, y en bellas artes el que bien escoge tiene andado buen trecho del camino para llegar á una buena ejecución del asunto elegido.

***

Un chapuzón, busto de D. Eusebio Arnáu.—Nieves, busto de D. Eusebio Arnáu —Ave-María, escultura de D. Eusebio Arnáu (premiada en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona).—Tan inteligente como modesto, tan sencillo como discreto, es Eusebio Arnáu uno de los desheredados de la suerte, que sin otros elementos que su aplicación y sus propios méritos ha debido luchar con obstáculos y contrariedades para poderse dedicar al estudio del arte, por el que desde temprana edad sentía irresistible inclinación. Su perseverancia y laboriosidad hanle conducido por fin á la suerte que con tanto afán perseguía, y sus méritos é inteligencia han tenido á la postre la recompensa que tenía derecho á esperar. La Exposición general de Bellas Artes de Barcelona significa para Arnáu su primero y señalado triunfo, ya que en ella, por medio de su admirable grupo *Ave-María*, ha podido dar gallarda muestra de sus aptitudes y de su valer. Su obra, perfectamente sentida, ha sido unánimemente admirada, y el Jurado calificador concediόle el premio merecido, consistente en su adquisición para figurar en el Museo municipal de Bellas Artes. Artista de temperamento, ha logrado dar á las figuras de los dos monaguillos, de los dos infantiles cantores, esa expresión singularísima que constituye el encanto de la obra. No menos recomendables son los dos estudios que también reproducimos.

Reciba Arnáu nuestros sinceros plácemes por su reciente triunfo y nuestros votos para que su nombre llegue á figurar entre los de los escultores que honran á nuestra patria.

***

Meditación, cuadro de D. Emilio Sala.—En la silueta que de Sala tiene trazada el distinguido crítico y querido colaborador nuestro Sr. Balsa de la Vega, leemos entre otras cosas las siguientes: «Pocos, tan pocos que estoy por decir que no hay dos, son los pintores españoles que estudien con el pincel y en el libro tanto como Sala... No satisfecho nunca de lo que hace, lleva sus estudios plásticos hasta el análisis, y colorista, hoy el primero de los españoles, estudia la luz y el color de tantas cuantas maneras es dable estudiarlo, buscando siempre aquellos problemas de más intrincada resolución... La originalidad es en Sala una obsesión, no una obsesión adquirida por el empeño de distinguirse, sí porque le seduce el contraste de los colores y los efectos de la luz...»

¿A qué seguir? Con lo dicho creemos que bastará para convencer á nuestros lectores de cuánto vale el insigne maestro español, y contemplando el cuadro suyo que hoy reproducimos se verá que tantos elogios son, tratándose de D. Emilio Sala, justicia estricta.

***

Héroes anónimos, cuadro de D. Juan Luna (Salón del Campo de Marte, París, 1891).—El autor del *Spoliarium*, que con tan buen acierto adquirió nuestra Diputación Provincial; de la *Batalla de Lepanto*, que adorna uno de los salones del palacio del Senado en Madrid del lienzo decorativo que fué premiado con medalla de plata en nuestra Exposición Universal de 1888 y de muchísimas otras composiciones no menos celebradas que éstas, ha abandonado en el cuadro que hoy reproducimos los asuntos grandiosos, que para aquellas obras le sirvieron de tema, y ha dedicado sus excepcionales aptitudes artísticas á un motivo de menos alto vuelo, en apariencia, pero en el fondo más interesante, porque es más humano, más sentido y más de nuestros tiempos.

¡Pobres héroes anónimos! Tras una vida de trabajos, de penalidadades, de sacrificios, una muerte, trágica quizás, aunque sin gloria, si la gloria consiste en ese aparato externo en que aparece envuelto el recuerdo de ciertas existencias; como recompensa de una historia conmovedora, rica en deberes cumplidos cuanto pobre en goces disfrutados, un nombre ignorado, que sólo los más allegados pronuncian con amor y con respeto. ¡A cuán tristes reflexiones se presta ese modesto entierro del infeliz mártir del trabajo! ¡Qué tesoros de sentimiento encierra esta página, indudablemente una de las más hermosas que el pincel del famoso pintor español ha producido! Ese fúnebre cortejo que en desordenada fila se dirige al campo santo; esas figuras cuya expresión tan perfectamente traduce el dolor de la esposa, del hijo, del amigo; ese pobre ataúd sobre el cual el cariño ó la amistad han depositado humildes flores; ese cielo plomizo que parece asociarse á la luctuosa escena, esos árboles que el cierzo otoñal ha despojado de su verde follaje, forman un conjunto que llega al alma, invadiéndola de dolorosa melancolía.

Luna, que hasta ahora había demostrado ser un gran pintor, se nos revela en *Héroes anónimos* como gran poeta. Felices los que, como él, después de resucitar con su genio las grandezas pasadas, saben con su corazón hacer sentir las miserias presentes.

***

Cicerón contra Catilina, fresco de César Macari (existente en el salón del Senado de Roma).—Elevado Cicerón por aclamación popular al más alto cargo de la república romana, Catilina, que había sido su contrincante en aquella elección y que aspiraba á triunfar en la del año siguiente, urdió una conspiración que debía asegurarle esta esperada victoria. Levantaban los conjurados tropas en las provincias, y en Roma no ocultaban sus proyectos, haciendo públicamente los preparativos para realizarlos, por lo que el nuevo cónsul, investido por el Senado de un poder dictatorial, puso á la ciudad en estado de defensa é hizo excluir á Catilina de aquel alto cuerpo. Exasperados los conspiradores, organizaron una revolución sangrienta; pero advertido Cicerón por Fulvia, amante de uno de los conjurados, del plan meditado, de los medios excogitados y del momento elegido, reunió al Senado en el templo de Júpiter Stator. Refiriendo estaba cuanto á su noticia acababa de llegar, cuando Catilina, ignorante de la traición de que él y los suyos habían sido víctimas, se presentó en la Asamblea de senadores; y en vista de tanta audacia, el cónsul, interrumpiendo su relato, encaróse con el jefe de la conjuración y lanzóle al rostro aquella hermosa improvisación, aquel tremendo apóstrofe que constituye sin duda una de sus más brillantes oraciones y que empieza con las conocidas palabras: *¿Quousque tandem, Catalina, abutere patientia nostra?* ¿Hasta cuándo abusarás, Catilina, de nuestra paciencia?

Este es el momento escogido por César Macari para uno de sus bellísimos frescos, el mejor acaso, que adornan el salón del Senado en Roma. El ilustre pintor italiano ha sabido dar á sus figuras su verdadero carácter, lo cual revela profundo estudio de los personajes y de los sucesos origen de la escena, y expresar con maravilloso acierto la situación de la asamblea romana en aquel instante de prueba para la vida de la república: hay en cada una de aquéllas el fuego de la pasión que en aquel difícil trance debió animarlas, y respírase en ésta el ambiente saturado de electricidad propio de las sesiones excepcionalmente solemnes de una asamblea como el Senado romano.

Al contemplar la composición de Macari, se exclama involuntariamente: Catilina está perdido. Y este es el mejor elogio que de la obra puede hacerse.

***

«¡Y sin embargo se mueve!,» cuadro del profesor Barabino (existente en el palacio Orsini de Génova).—Pocas frases han hecho la fortuna que la pronunciada por el ilustre profesor de la universidad de Pisa y que sirve de título al interesante cuadro del afamado pintor italiano Nicolás Barabino; pocas como ella encierran más profunda enseñanza en menos y más sencillas palabras. Cuando en el número 387 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA nos ocupamos de otro cuadro del mismo autor, titulado *La muerte de Galileo*, expusimos á grandes rasgos algo sobre la vida de este sabio, y algo dijimos acerca del episodio que ha servido de tema á Barabino para el que hoy publicamos; con este lienzo ha creado el notable pintor italiano una composición de excepcional belleza, en la que la atención del espectador se siente atraída con igual fuerza por la figura del anciano, en cuyo rostro se leen los estragos del estudio y de los padecimientos físicos y morales, que por el grupo de religiosos, en cuyos semblantes se revelan el desprecio y el odio hacia aquél, que aun después de hecha formal abjuración, no pudo menos de exclamar con acento convencido: *¡E pur si muove!*

***

La muerte de Medea, estatua de D. Rafael Atché (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona).—Rafael Atché es uno de los artistas que descuellan entre la ya numerosa pléyade de escultores catalanes. Joven y en un breve período de tiempo ha logrado tan señalados triunfos y dado tan gallardas muestras de sus aptitudes y genialidad, que su nombre figura dignamente confundido con el de los artistas que honran á España y á Cataluña. De hermosa fantasía, sorprenden sus obras por el sello especial que en ellas imprime, por un algo de bello y grande que acusa su alma de artista y su imaginación de poeta. Cultiva el arte con entusiasmo, y como siente y se identifica con sus creaciones, modela con soltura, con valentía, con la grandiosidad del verdadero arte, del que lo es por excelencia y á todos supera, produciendo obras tan geniales como *La muerte de Medea*, en la que Atché con su poderosa é inagotable fantasía ha representado el dolor físico y moral de aquella desnaturalizada madre, las torturas de la materia y de la ira.

Hay que advertir que la obra de Atché es el producto de su primera inspiración, es simplemente un boceto ampliado, sin que por la premura del tiempo le haya sido posible madurar la concepción y por lo tanto mejorarla; pero aun así sorprende por la grandiosidad de la ejecución. La violenta actitud de la figura, la angustiosa expresión de su semblante, los bien estudiados pliegues, los pormenores todos contribuyen á dar á la obra el carácter especial que debe descollar en esta clase de producciones.

VIZCONDESA

POR LEÓN BARRACAND. – ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

(CONTINUACIÓN)



Gilberto hubo de sostenerla porque desfallecía

– Será tal vez porque jamás ha contrariado usted sus ideas... ó sus intereses, replicó la señorita de Sainte-Severe.

– No puede usted hablar mal de la nobleza, señorita, sin calumniarse á sí propia, puesto que usted pertenece á ella. ¿Y de ello no se felicita usted? ¿No es por ventura grato haber nacido Sainte-Severe?

– En eso se engaña usted, porque no tengo apego alguno á ese nombre, y hasta ha sido para mí una carga, por no decir que á él debo tal vez mi desgracia. Mejor hubiera preferido uno que me permitiera otro género de existencia, una situación independiente...

La institutriz hablaba de la mejor buena fe y comprendiéndolo así Gilberto, no supo qué contestar, pues tratábase una cuestión muy delicada, es decir, de la triste necesidad en que la institutriz se había visto de aceptar un cargo remunerado de la anciana marquesa. Por otra parte, extrañaba que aquella joven no se envaneciera de su nombre, cuando tantas otras, en su lugar, le habrían hecho sonar muy alto, sobre todo no quedándoles otra cosa.

Para disimular, cogió el pequeño volumen que la institutriz tenía á su lado, y en cuya encuadernación de piel, ya vieja, veíase el sello de la casa de Fonfreyde.

– Muy pronto agotará usted la biblioteca, señorita, dijo Gilberto. Con su permiso miraré este libro.

Y le abrió.

– ¡Ah! ¿Leía usted la «Servidumbre voluntaria...» Es cosa muy seria para una joven.

– No he hallado en esta obra lo que buscaba...

– Presumo cuál es el enigma que usted trata de penetrar... lo bien ó mal fundado de las jerarquías, ¿no es así?... No lo encontrará usted aquí, porque esas ideas no existían en tiempo de la Boétie, pues datan solamente del siglo pasado. Entonces se quería volver al estado primitivo de la humanidad, y se imaginaba que la igualdad había existido en el origen. En esto se engañaban... Lea usted Rousseau, señorita; seguramente la agradará.

– Ya lo conozco.

– Pues bien: si le ha leído usted, confesará que incurrió en un error... En todas las clases de la sociedad manifiéstase el deseo de elevarse; es un instinto natural. La clase superior acaba por dominar; sus individuos se eligen y se cuentan. Tal es el origen de las clases que existen y han existido siempre y en todas partes... ¡Es cosa tan difícil y tan lenta fundar un nombre y una familia! Reflexione usted sobre ello: se necesita la educación, una herencia de tradiciones, todo aquello que no se adquiere con el dinero... El hombre enriquecido ayer, el hijo de aldeanos propietarios de un gran patrimonio, el industrial millonario, no son aún más que la simiente de la nobleza; pero pierda usted cuidado, que ya germinará en sus hijos... En otro tiempo adquiríase la nobleza por la compra de un terreno, por decreto real... Hoy se alcanza más comúnmente por usurpación; mas el procedimiento no deja de ser bueno. Llegada la tercera generación, ya no se discute; entonces, las ideas, el modo de conducirse y las preocupaciones mismas van con el título; y por eso comprendo que enorgullezca formar parte de la clase escogida.

– ¿Nos engreímos por ventura de ello?... repuso la institutriz. No hablo por mí... pero vea usted el vizconde de Cabrol; á juzgar por las personas con quienes trata y los apretones de manos que reparte, cualquiera diría que tiene en muy poco su título.

– Pues hace mal... Pero después de todo, una vez aquí, en su casa, puede hacerse valer por lo que es y tratar con las personas de su clase. Es el rey en su dominio, en ese hermoso castillo de Mareuil, añadió Gilberto, señalando la fachada.

—¿Le parece á usted hermoso?, repuso la señorita de Sainte-Severe, fijando su mirada en el edificio como si le viese por primera vez. Cierto que es muy grande, añadió, levantándose al mismo tiempo; pero yo preferiría una buhardilla donde pudiese vivir sola... Sí, completamente sola y libre hasta de mí misma... ¡Guy, Juana! ¿Dónde estáis?

La señorita de Sainte-Severe llamaba á los niños, que corrían por la alameda.

– Hasta la vista, señor Maujeán; no me conserve usted rencor porque no participo de sus ideas. Diríase que ni uno ni otro tenemos las que nos convendrían; el destino tiene cosas bien extrañas.

Gilberto la miró cuando se alejaba, y contristóle reflexionar sobre las injustas recriminaciones que la joven hacía por efecto de su falsa posición. ¿No era realmente digna de compasión?

Pero harto tenía que hacer en aquel instante Gilberto con sus propias tribulaciones. Precisamente entonces acababa de ver á Blanca de Cabrol hablando con Pedro en el pórtico y se dirigió hacia ellos.

Aquel día Pedro acababa de salir de una de sus crisis. Aún emprendía sus excursiones á Blatigny, pero con intermitencias de enfermedad, que se prolongaban, obligándole á guardar cama semanas enteras, lo cual olvidaba apenas le era posible ponerse en pie. Desde que la señora de Chalieu y su cohorte habían invadido el castillo, ausentábase de Mareuil tan á menudo como en otro tiempo; mas cuando estaba en su casa complacíase en el trato de aquellas damas que con ello se sentían halagadas.

La indiferencia que manifestaba respecto á sus manías, sin lisonjearlas nunca, sin asociarse á sus supersticiones de casta ni á sus prácticas devotas; sus arranques irreverentes sobre este punto, en boca de un hombre de la alta sociedad, divertían á las huéspedas, sin causarles ninguna extrañeza. En Pedro eran naturales aquella ingenuidad y desenvoltura de buen tono, que hacen que todo le sea perdonado al que las posee; pero lo que más divertía era su conducta con la marquesa de la Fonfreyde, asunto de broma para todos.

Pedro se mostraba en extremo amable con la abuela de su esposa, y la anciana, por bondad natural y también por consideración á las atenciones de que era objeto, tenía para él tesoros de indulgencia. Tal vez su tolerancia era fruto de una amarga experiencia de la vida, pues el general no había sido modelo de esposos; su mismo hijo, antes de casarse, le ocasionó más de un pesar, y ahora el marido de su nieta hacía como ellos. Esto no le extrañaba, y siguiéndole con los ojos, tenía para él esas sonrisas reservadas tan sólo para los calaveras á quienes se quiere, y no le guardaba rencor alguno, pues no sospechaba que Blanca sufriese con su conducta.

La vizcondesa, que había aprendido desde un principio á perdonar, seguía perdonando aún, y mientras, Gilberto la veía aceptar de buen grado ante los huéspedes del castillo las galanterías de Pedro, quien se proponía sin duda dejar bien sentado á los ojos de todos que sus relaciones eran siempre afectuosas. Y Blanca se prestaba á este juego; cualquiera otra mujer en su situación habría dado á su esposo contestaciones frías, mostrando esa expresión irónica que obliga al esposo culpable á mantenerse en su lugar y poner término á la comedia; pero la vizcondesa no quería proceder así. Sin embargo, hasta en sus momentos de abandono manteníase en cierta reserva, como si se preparase á la defensa. Presentíase que una parte de ella misma, un lugar de su corazón, habíase cerrado para Pedro y que por cariñosas que fuesen sus palabras en público no podían repetirse en otra parte, quedando siempre un límite infranqueable. Gilberto era tal vez el único que observaba estos detalles para los demás inapreciables.

En el primer piso, en el fondo del vestíbulo, había una puerta ante la cual Gilberto no pasaba nunca sin detenerse un instante para escuchar los latidos de su corazón: algunas veces encontrábala abierta cuando la doncella estaba en el aposento, y entonces podía deslizar una mirada furtiva hasta el interior de la habitación. Por las altas ventanas entornadas, á través de las cortinas de seda blanca que ondulaban impelidas por la brisa, penetraban raudales de luz haciendo brillar el pavimento de madera de castaño, que parecía recortado en marfil. Los rayos solares iluminaban las gasas que cubrían el espejo del tocador, la pálida tapicería de los sitiales, las líneas delicadas de los pequeños muebles de palo de rosa, el gran lecho con columnas torneadas y hacían desaparecer de los últimos rincones todo misterio y toda sombra sospechosa. De todas aquellas blancuras que la luz inundaba parecía emanar un no sé qué de casta pureza. Era la habitación de Blanca de Cabrol. Aunque más grande y mejor adornado, parecía el cuarto de una niña, el santuario de sus sueños inocentes.

Cierto día atrevióse á dar algunos pasos en la habitación, al notar que podía hacerlo sin ser visto. Hallábase el aposento en el desorden que se produce después de un despertar perezoso; las sábanas del lecho tiradas á un lado, el cubrepiés caído y los mil objetos de tocador diseminados. Gilberto permaneció inmóvil en medio de la estancia, embriagándose en la contemplación de todos

aquellos mudos testigos que le revelaban el secreto de las noches solitarias, penetrado de compasión por aquella mujer sacrificada en su juventud, protestando con sus ademanes de su amor y respeto y sintiendo latir su corazón tan apresuradamente, que parecía saltársele del pecho. Después, como si la emoción le ahogara, salió de allí para no prorrumpir en sollozos.

¡Mas no era de aquella habitación de donde debía huir, sino del castillo y hasta de Mareuil! ¡Sí, debía ir lejos, muy lejos de aquellos lugares, donde el suplicio era para él cada vez más terrible y todo por culpa de la vizcondesa!

Veía, en efecto, que las confesiones que ella le había permitido eran para Blanca, lo mismo que para él, un fermento depositado en el corazón y que este fermento se desarrollaba en la vizcondesa. Podía reconocer diariamente, con terrores mezclados de indecible embriaguez, aquel rápido progreso: la franqueza misma de Blanca, su abstención de toda coquetería y el placer que manifestaba al mostrarse generosa, no permitían engañarse sobre este punto. En fin, hasta su juventud, su ardimiento, su sana constitución, que no conocía la enfermedad; todo se ligaba para impelerla hacia él y someter á los dos á terribles pruebas.

No podían ya verse sin una penosa reserva; no podían permanecer solos sin palidecer al punto; su voz temblaba, y en las palabras más insignificantes disimulábase mal su continua preocupación. No osaban casi levantar los ojos, persuadidos de que un ademán, una frase demasiado dulce, la perturbación de sus sentidos les hubiera arrojado en brazos uno de otro. Por eso bendecían á la persona que acertaba á llegar, considerándola como un salvador; y sin embargo, un imán irresistible los atraía mutuamente sin cesar y sólo eran felices cuando estaban juntos.

Tal vez Blanca hacía como él; tal vez cuando estaban alejados uno de otro meditaban audacias para el momento en que volvieran á encontrarse; pero llegado éste, tenían miedo y á nada se atrevían. ¡Ah! Ahora no hubieran ido á correr por las colinas y á perderse en los senderos bajo la espesura de los pinos y la sombra de las encinas, para ir á reposar después en la «estación del descanso.»

Gilberto lo propuso tímidamente... Blanca sonrió y movió la cabeza sin contestar.

A medida que iban transcurriendo los días, más aumentaba su inquietud; estaban poseídos de una verdadera fiebre.

Algunas veces encontrábanse en los largos corredores del castillo. Blanca se detenía al punto, con los ojos bajos y el rostro pálido, cual si hubiese sentido una súbita sacudida en el corazón; pero él no era más valeroso; manteníase también á cierta distancia, temeroso como ella, aunque más desgraciado, y apelando á su lealtad para reprimir los impulsos que le impelían hacia la vizcondesa. Aquellos dos deseos, sin cesar frente á frente y que luchaban para no unirse, tenían algo de un heroísmo sobrehumano que imponía admiración y piedad.

Gilberto no se mantenía siempre en esta reserva; su pasión le arrebataba á veces, y entonces no podía ver á Blanca sin coger sus manos con verdadero frenesí y estampar en ellas delirantes besos. La vizcondesa se defendía, pero cada vez con menos vigor, dejándose dominar de languideces repentinas, y Gilberto cada vez ganaba más terreno, comprendiendo la turbación y debilidad de Blanca, adivinando que también ella era presa de esos vértigos en que la razón la abandonaba y hacía vacilar su voluntad. El valor de ambos se gastaba en aquellas luchas.



Inclinóse hacia Gilberto con avida curiosidad y preguntóle

Una tarde, al cruzar Gilberto por el vestíbulo, vió abierta la puerta de la habitación de Blanca; el calor había alejado del castillo á todos sus habitantes, que siempre iban á buscar la sombra en la espesura del jardín; oíase el rumor de voces á lo lejos y los gritos de los niños que jugaban, y Gilberto pensó que Blanca se hallaba con ellos.

Lo mismo suponía de él la vizcondesa, pues cuando pasó por el corredor dirigió una mirada á la puerta para ver quién era. Al reconocerle, sus mejillas palidecieron y sonrió sin poder ocultar su turbación.

Gilberto vaciló también, después dió un paso hacia ella, y al fin entró.

Blanca se acercó vivamente á la ventana como para que la viesen desde fuera.

– ¿No está usted en el jardín?... preguntó con acento breve.

– No..., y yo creí que usted misma...

Los dos guardaron silencio, y para no ser visto desde el exterior, Gilberto se había retirado algunos pasos hasta el ángulo del lecho, en el cual permanecía apoyado, sintiendo que las piernas le flaqueaban.

Blanca estaba vuelta de espaldas, distrayéndose en la contemplación del jardín; pero sabía dónde se hallaba Gilberto, y en este pensamiento había una especie de fascinación que según presumió Blanca la obligaría á volverse á pesar suyo. Así lo hizo, en efecto, un minuto después.

Entonces Gilberto vió un rostro tan pálido que apenas pudo reconocerle, con ojos desmesuradamente abiertos y una sonrisa como de dolorosa angustia.

– ¡Oh, Blanca!... exclamó fuera de sí.

La vizcondesa dió algunos pasos para dirigirse hacia la puerta, mas al pasar junto á Gilberto dejóse caer de pronto, como si las fuerzas la abandonaran por completo.

Gilberto hubo de sostenerla porque desfallecía; el peso de su cuerpo era tal que le arrastraba; teníala suspendida en sus brazos con la cabeza echada hacia atrás y la boca húmeda y entreabierta. Inclinándose lentamente hacia ella, Gilberto vió palpitar sus párpados, su leve sonrisa, que parecía pedirle gracia en medio de la angustia y de la vergüenza de la aquiescencia. Sus labios iban á unirse...

Pues bien: aun en aquel instante mismo, en el delirio de la pasión – tan arraigadas estaban en él sus impresiones de niño, – Gilberto pensó en la distancia que les había separado tanto tiempo y que no creía borrada aún; conmovióse y se asustó del inmenso sacrificio que ella le hacía y de la inmensidad de la caída...

La vizcondesa tuvo tiempo de reponerse y de huir poseída de espanto.

Por la noche mostróse muy alegre; tuvo las más delicadas atenciones para Gilberto, y parecía deseosa de hacerle comprender que le daba gracias por no haber abusado de su debilidad, ó tal vez atribuíase el mérito de la resistencia ó de haber vuelto á la razón, aunque algo tardíamente.

El peligro, pues, por esta vez había pasado, pero se reproduciría al día siguiente y en los sucesivos, y llegaría un momento en que no lo evitarían. Los dos pensaban en esto con terror, juzgándose condenados de antemano, quebrantados, desfallecidos, débiles como niños. Casi deseaban la derrota para salir de aquella incertidumbre y comenzar una vida nueva en la realidad de un desastre.

Y entonces fué cuando la más terrible de las desgracias les afligió de improviso, salvándolos de sí propios.

VIII

Pedro guardaba cama, y las semanas transcurrían sin producirse ninguna mejoría; el vizconde no solía inquietarse por eso; pero los temores iban en aumento á medida que la enfermedad se prolongaba.

Gilberto veía al doctor inquieto y pensativo: era éste un cirujano de Chatillón que iba todos los días á Mareuil y á quien aquél solía acompañar hasta el coche después de cada visita.

– La cosa es grave, contestaba á las preguntas que Gilberto le dirigía, y no veo ninguna mejora sensible...

Las respuestas eran transmitidas por Gilberto á Blanca, que no quería ya separarse de la cabecera del lecho de su esposo.

Poco á poco se acostumbra uno á las peores situaciones, y por más que el parecer del doctor debiese prepararles á temerlo todo, no desesperaban, ni podían fijarse tampoco en la idea de una catástrofe. Gilberto la rechazaba como pensamiento odioso y culpable.

Por eso el día en que el doctor le anunció que no había remedio para su amigo, la noticia le produjo un efecto terrible como si se tratase de algo inesperado.

Su pensamiento flotó indeciso, luchando entre mil impresiones contrarias, en una confusión en que se bosquejaba vagamente la nueva situación en que iba á encontrarse respecto á Blanca. La mayor felicidad que había soñado, los obstáculos que se acumulaban ante su amor, desvanecíanse de repente, y todo parecía venir á través de los lúgubres velos y las espantosas angustias de aquella muerte. ¡Pedro iba á sucumbir, y era preciso que muriese para que él fuera dichoso!...

Pálido, sin voz y con la mirada fija permanecía inmóvil; mientras que el doctor le examinaba silenciosamente con ojos acostumbrados á leer en las fisonomías el efecto de estos terribles pronósticos.

– Sí, está perdido, repitió... Sería conveniente avisar á la señora vizcondesa, por si se han de tomar algunas disposiciones... Pero los hombres no sirven para esto; mejor sería una mujer.

Gilberto pensó en la señora de Chalieu.

– ¿La señora de Chalieu?, repitió el doctor... Está bien... Mañana hablaré con ella.

Y subiendo á su coche, arreó el caballo, mirando hacia adelante, como si pensara ya en las otras aflicciones de que iba á ser testigo.

Gilberto volvió á la habitación de Pedro, situada en una de las alas del castillo, que se unía con las cuadras. Varias panoplias y trofeos pendientes de las paredes constituían todo su adorno; de modo que aquello parecía una habitación provisional, una especie de pabellón arreglado de improviso. A la verdad, el vizconde habitaba poco aquella estancia... y ahora ya no debía salir de ella vivo.

Hallóle sentado en la cama, con la pechera de la camisa entreabierta y la colcha arrollada sobre las rodillas. Parecía esperar ansioso la vuelta de su amigo, tal vez porque la prolongada auscultación á que el doctor acababa de someterle habíale inspirado inquietud, ó bien por haber creído ver una sombra de tristeza en el rostro de Gilberto. Inclinóse hacia él con ávida curiosidad y preguntóle:

– ¡Vamos! ¿qué opina el doctor? ¿Es grave?...

– No... ya estás mejor...

– ¿No me engañas?, repuso Pedro con la mirada siempre fija en su amigo.

Y añadió después de una pausa, tratando de sonreir:

– ¡Es que no quisiera todavía abandonar este mundo!

Gilberto se estremeció al oir estas palabras, que revelaban ardiente amor á la vida; mas contestó con tono alegre y una especie de brusca solicitud:

—¡Pero hombre, échate!... ¡Cuando te digo que no será nada!... Sin embargo, es preciso cuidarse... ¡Vamos, tápate y ten juicio!...

Mientras Gilberto se esforzaba para tranquilizar á su amigo, éste le miraba con tenaz fijeza, como si hubiera querido leer en sus ojos qué suerte le esperaba, y al fin acabó por creer lo que se le decía; entonces serenóse su fisonomía, é ideó mil proyectos para cuando se restableciera. Esta excitación que Gilberto no pudo calmar, devolvióle en un instante toda una apariencia de salud, y Blanca que en aquel momento entró en la estancia admiróse de ello: érale tan doloroso renunciar á la esperanza, que le bastaba un pretexto para tranquilizarse. Así es que con acento de alegría exclamó:

—¡Qué notable mejoría! ¡Si parece que no tiene ya nada!

—¿Quién lo duda?, repuso Gilberto.

Y sin que Pedro lo notase, dirigió una triste mirada á Blanca, que ésta no comprendió.

Al día siguiente, la señora de Chalieu comunicó á la vizcondesa lo que el doctor había dicho.

Pocos instantes después, Gilberto la encontró cuando iba á la habitación de su esposo; la vizcondesa se detuvo al verle y comenzó á llorar.

—¡Dios nos castiga!, exclamó.

—¿Y por qué?... ¿Qué motivo hay para ser castigados?

—Es verdad..., replicó Blanca. No hemos hecho nada malo... Hemos sufrido y nada más... pero no puedo creer en tal desgracia. ¡Yo le salvaré! ¡Le salvaremos!... Debemos hacerlo...

Y tendiéndole la mano como si apelara á su abnegación, enjugó sus lágrimas, sonrió como lo hacía siempre al presentarse á su esposo y separóse de Gilberto.

Este último, al verla alejarse y reflexionando sobre el golpe imprevisto que la suerte les deparaba, como para acercarlos más y legitimar votos que antes eran criminales, no pudo menos de preguntarse si Blanca, lo mismo que él, habría fijado su pensamiento en las consecuencias de lo que iba á suceder. Era probable que en medio de las angustias en que ahora vivía, su amor se hubiese concentrado en lo más recóndito de su corazón y solamente quedara un sentimiento dolorido, en cierto modo purificado. Blanca pensaría sólo sin duda en sus dolores presentes, sin que le fuera posible ver más allá ni proyectar cosa alguna. La suerte iba á decidir por ella.



Pedro abrazó repetidas veces á Guy y á Juana

Sin embargo, ante el acontecimiento que se acercaba, la señora de Chalieu y demás amigas habían manifestado su intención de partir; pero se las invitó á quedarse, pues mejor era que el castillo conservara su aspecto acostumbrado y estuviese animado con su presencia: el silencio y el súbito vacío podrían impresionar tristemente al enfermo, y ante tal consideración, consintieron en permanecer con la familia, ofreciéndose á prestar su auxilio á Blanca para cuidar á Pedro.

El vizconde se debilitaba cada vez más, sin que pudiese creer que se hallaba tan cerca de su fin; y muy por el contrario, imaginábase que su enfermedad atravesaba una fase aguda á la cual seguiría el restablecimiento. A medida que el tiempo corría, Gilberto pudo notar que una vaga inquietud atormentaba á la señora de Chalieu.

En el salón se celebraban secretos conciliábulos, presididos por el abate Souchón y á los que el también asistía.

Discutíase en ellos sobre el estado de Pedro, calculándose los días y horas que le quedaban de vida... y entonces fué cuando se realizó la predicción de la señorita de Sainte-Severe cuando pretendía que las ideas de Gilberto no se conciliaban exactamente con las de aquellas señoras.

—¡Veamos!, dijo una tarde la condesa de Chalieu al abate, este es el momento oportuno, señor cura... No podemos dejarle morir de ese modo, sin que se ponga bien con Dios... Nos remordería la conciencia. ¿Qué espera usted para hablarle?

El abate Souchón no esperaba más que una palabra, una señal; hallábase dispuesto á cumplir con su deber.

—¡Muy bien!, dijo la condesa; pues que sea mañana... El pobre muchacho no debe esperar ya sino en Dios. ¡Que le haga el sacrificio de su vida!... Sí, mañana. ¿No opina usted como yo, señor Maujeán?

Gilberto hubiera preferido callarse, pues comprendía por primera vez que en aquella sociedad en que se había mezclado regían ciertas conveniencias é ideas con las cuales no podía transigir. No se había penetrado de ellas hasta entonces, y en el mismo instante en que se le revelaban no hubiera querido lastimarlas; pero la compasión que Pedro le inspiraba se antepuso á todo.

—Pues bien, señora, dijo: ya que me pregunta usted cuál es mi opinión, la expondré francamente. Pedro no sospecha en modo alguno que se halle en tan grave estado, y lejos de ello, cree que no hay peligro para él. Temo que mi amigo sufra una conmoción espantosa, el más horrible de los tormentos morales, cuando se le diga que debe resignarse á morir...

A medida que hablaba veía pintarse la sorpresa y el disgusto en el semblante de los que le oían; mas no por eso renunció á expresar todo su pensamiento.

—Pedro, añadió, no es un filósofo que haya reflexionado fríamente sobre este momento. Siempre vivió como si no debiese morir nunca, y dada su indiferencia en materia de fe, sería una crueldad inútil...

La señora de Chalieu le interrumpió, fijando en él una mirada de enojo:

—¡Inútil, exclamó, cuando se trata de la salvación de su alma! ¡No reflexiona usted sobre ello, señor Maujeán!... ¡Cómo! ¿El desgraciado no se cree en peligro y ¡nada hemos de decirle!... No, no; morirá como cristiano... ¿Cree usted por ventura que le faltará valor? ¡No sería propio de un Cabrol! .. Yo, en su lugar, nunca perdonaría á los que no me advirtieran y no me dejaran tiempo para prepararme. ¿Sería justo que todo el mundo supiera que voy á morir y lo ignorase yo solamente? ¡Esto fuera ridículo!... El señor abate sonríe y aprueba lo que digo... Dios espera á Pedro allá arriba,... y cuando nuestro amigo esté en el cielo nos bendecirá por no haberle privado de su parte del paraíso... ¡No se ha de pensar tan sólo en el presente, señor Maujeán, sino en el otro mundo también!

El abate Souchón tomó á su vez la palabra:

—Veo, dijo, que el señor Maujeán tiene falsas ideas respecto á mi intervención. Iré á ver al señor vizconde como amigo, y me guardaré bien de atemorizarle; sólo incidentalmente le hablaré de reconciliarse con Dios, diciéndole que no está en peligro de muerte, pero que siendo todos mortales, mejor es...

—¡Muy bien!, exclamó la señora de Chalieu.

Y añadió como para concluir:

—De todos modos consultaremos á Blanca y esto es suficiente.

En efecto, aquella misma noche habló á la vizcondesa, que anegada en lágrimas no tenía ya voluntad y consintió en todo.

La condesa de Chalieu, por lo demás, procedió con muy buen tacto al día siguiente, cuando se hallaba en la habitación de Pedro.

—Ahí está el abate Souchón, dijo, que viene á informarse sobre la salud de usted. ¿Quiere usted verle?

Pedro fijó en la condesa una mirada de terror, pero se contuvo.

—¡Ya lo creo!, contestó; que entre...

La señora de Chalieu, encantada al oir esta contestación, corrió hacia la puerta, y al abrirla cruzó con el abate una sonrisa de satisfacción celestial.

El sacerdote y el enfermo quedaron solos.

Una hora después, cuando Gilberto entró otra vez en la habitación de Pedro, causóle espanto ver á su amigo: éste había envejecido bruscamente; en sus mejillas socavadas, en sus ojos hundidos, en aquel rostro en que se había impreso repentinamente el sello senil, leíase el pesar de abandonarlo todo. Apoyándose sobre un costado, con una mano fuera del lecho, mano que el abate acababa de estrechar al retirarse, permanecía inmóvil en actitud de abatimiento profundo.

—¿Conque estoy perdido?, exclamó.

—¡Vaya una ocurrencia!, repuso Gilberto. ¿Piensas que esa visita del abate?... No ha sido más que para verte.

El enfermo sonrió con expresión desesperada.

—Me ha hablado de confesión... Todo lo he comprendido. ¡Si creerá engañarme!... Por lo demás, me ha dicho cosas muy buenas. En fin, tal vez tenga razón, añadió Pedro fijando en su amigo una tímida mirada; no se puede morir así; es preciso arrepentirse, hacer examen de conciencia...

Gilberto adivinó su falsa vergüenza, y apresuróse á tranquilizarle.

—¡Bueno! Confiésate si quieres... ¿Quién sabe?... Pero, por Dios, no te asustes...

Pedro estaba aterrado, y en sus facciones revelábase una lenta descomposición.

—¡Morir!... ¡Es preciso morir!, decía.

Y agitándose bruscamente, exclamó con tono resuelto:

—¡No, yo no quiero!... ¡No moriré... aún no!

Y con ademanes violentos repetía las mismas palabras; después enmudeció, fija la mirada en el pensamiento y como desfallecido.

Aquella postración duró un rato, y al fin Pedro se incorporó, haciendo un esfuerzo enérgico; sus ojos se reanimaron cual si hubiese recobrado todo su valor, y dijo á Gilberto con triste sonrisa:

—¡Me creía más fuerte... pero no tengas cuidado! Esto pasará, y quedarás contento de mí.

En aquel momento entraba una sirvienta; Pedro le ordenó que fuera á buscar á la vizcondesa y que trajese á los niños.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

PRODUCCIÓN INDUSTRIAL DEL HIDRÓGENO Y DEL OXÍGENO POR LA ELECTROLISIS DEL AGUA

Cuando no se disponía de los medios necesarios para el transporte de los cuerpos gaseosos en un pequeño volumen, era inútil la preparación industrial de éstos; pero desde el momento en que sin peligro alguno se almacena hoy un gas en un cilindro á una presión hasta de 200 atmósferas, la producción industrial del mismo ha podido ser atacada de frente, y así vemos entregados al comercio el ácido sulfúrico, el cloruro de metilo y el ácido carbónico licuados, lo propio que el oxígeno y el ázoe preparados por un procedimiento químico, y en la actualidad la electrolisis del agua va á permitir entregar en igual forma oxígeno é hidrógeno puros y baratos.

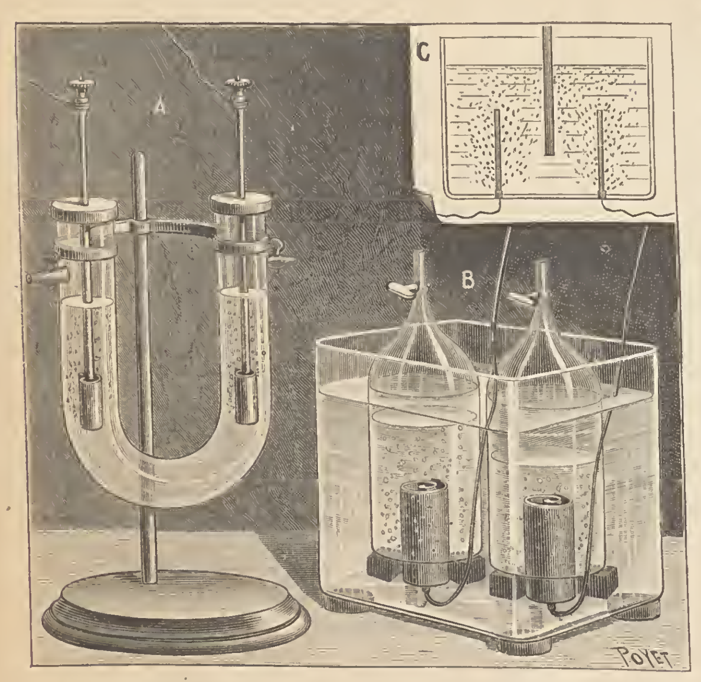


Fig. 1. Voltámetros. – A y B. Formas más usuales de los voltámetros de laboratorio. – C. Diagrama de la ascención de las burbujas de un voltámetro.

¿Y para qué sirven estos gases? preguntará alguno. En cuanto al hidrógeno puro, una de sus principales aplicaciones es para llenar los globos aerostáticos con gran ventaja sobre el gas del alumbrado, pues siendo menos denso que éste permite disminuir la superficie del globo, lo que es muy importante tratándose de globos dirigibles. Además, el hidrógeno ligeramente carburado es superior al gas de hulla para la calefacción y el alumbrado, y finalmente el soplete oxhídrico, indispensable en el tratamiento de los metales muy refractarios, consume grandes cantidades de oxígeno y de hidrógeno.

Por lo que respecta al oxígeno, hace muchos años que se le emplea en terapéutica para procurar un alivio á los que padecen de asma y para combatir la albuminuria, y, en sentir de algunos médicos, también la anemia.

Locura hubiera sido hace quince años querer obtener resultados remuneradores por la electrolisis del agua, pues tal investigación hallábase subordinada á la producción industrial de la energía eléctrica.

No hemos de afirmar la prioridad de ensayos y descubrimientos: la cuestión estaba en el aire y ha sido casi simultáneamente abordada por tres hábiles experimentadores: un físico ruso, M. Latchinof, profesor en San Petersburgo; el doctor d'Arsonval, sabio profesor del colegio de Francia, y el comandante Renard, director del establecimiento de aerostación de Chalais. M. d'Arsonval recogía el oxígeno para los experimentos de fisiología al paso que M. Renard atendía á la producción del oxígeno puro. Las soluciones, aunque en principio parecidas, han sido obtenidas por medios diferentes; siendo, en nuestro sentir, la del último la más completa desde el punto de vista industrial. De ella vamos á dar cuenta tomando los datos de la comunicación que el eminente ingeniero militar dirigió hace algún tiempo á la Sociedad francesa de Física.

Transformaciones del voltámetro. – En un laboratorio es indiferente que un litro de hidrógeno cueste un céntimo ó una peseta: la resistencia interior de un voltámetro y el precio de los electrodos de platino de algunos gramos no han de detener á un físico ante un experimento; pero tratándose de una producción en gran escala, es preciso rebajar lo más posible la resistencia de la columna líquida, es decir, aumentar su sección y disminuir su espesor: la primera condición lleva á suprimir el platino y la segunda obliga á emplear en la construción del voltámetro principios nuevos. Un voltámetro de laboratorio se compone, sea de un tubo en U, sea de una vasija en la cual los electrodos están cubiertos por campanas (fig. 1, A y B); pero de todos modos la corriente eléctrica debe seguir un camino tortuoso y estrecho para pasar de un electrodo á otro, mientras que si se deja los electrodos enteramente libres en el baño, los gases, subiendo en abanico, se mezclan al llegar á cierta altura, siendo necesario separarlos por medio de un tabique (figura 1, C). Si éste es aislador é impermeable no importa elevar los electrodos sensiblemente sobre su borde inferior: ahora bien, cuanto más aproximados están los electrodos más se ha de bajar el tabique. La extensión y aproximación de los electrodos es el punto capital de la cuestión como lo demostrará el siguiente sencillo cálculo.

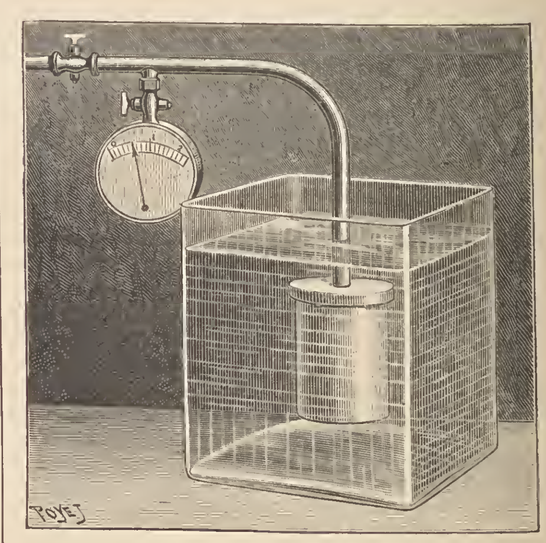
La electrolisis visible del agua empieza con una fuerza electromotriz de 1'7 v. aproximadamente; si se aumenta dicha fuerza en las bornas del voltámetro, la corriente y por ende la producción de gas aumenta en proporción al exceso de su valor sobre 1'7 v., pero al mismo tiempo la corriente calienta el circuito, es decir, produce un trabajo parásito, de lo cual resulta pérdida. Con 1'7 v. la producción alcanza su máximo, pero el efecto útil es nulo; para hacer buen uso de los instrumentos es preciso admitir cierta pérdida de energía, tanto menor cuanto menos costosos son los voltámetros y cuanto que la economía más debe ser en la corriente que en los aparatos, pudiendo admitirse como buena proporción el empleo de 3 volts, es decir, una pérdida de algo menos de la mitad de la energía disponible. En estas condiciones un voltámetro cuya resistencia interior sea de 1 ohm produce 0'65 litros de hidrógeno por hora, al paso que desprende 6.500 si su resistencia es sólo de una diezmilésima de ohm, á bien que en este caso la corriente se acercaría á 15.000 amperes.

Los principios nuevos que permiten la construcción de voltámetros para la producción en grande, son los siguientes: sustitución de una solución alcalina á la solución ácida, lo que hace posible el empleo de electrodos de hierro é introducción de un tabique poroso entre éstos para separar los gases.

Líquido electrolítico. – M. Renard en sus ensayos ha empleado una solución de soda cáustica al 15 por 100, proporciones que dan el máximo de conductibilidad.

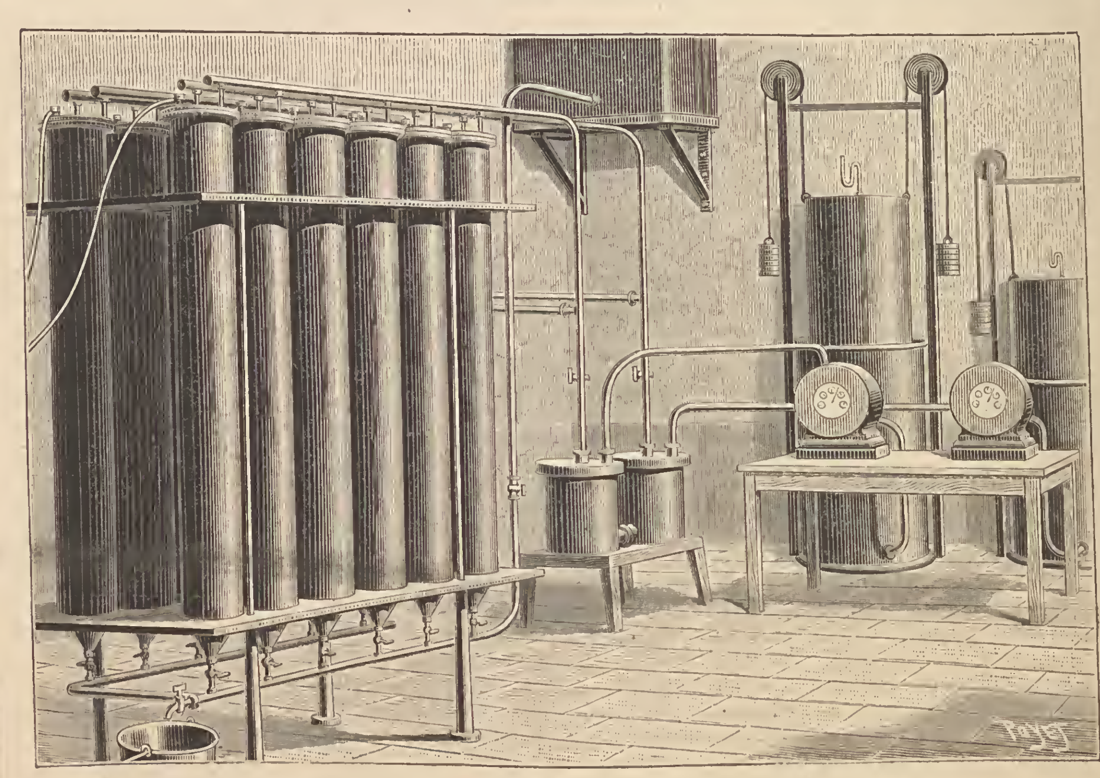
Tabique poroso. – Dado que la *conductencia* (lo contrario de resistencia) de los canales practicados en el tabique perpendiculares á la dirección de éste que deben conducir la electricidad, es proporcional á su sección total á la vez que inversamente proporcional á su longitud común, es conveniente emplear tabiques con el mayor número de canales posible. El efecto separador de estos tabiques se debe á los fenómenos capilares, y en su estudio ha de atenderse al efecto separador de los gases y á su resistencia eléctrica: para estudiar la primera de estas propiedades, se sumerge en agua el tabique poroso, fijado por una juntura hermética á un tubo de cristal (fig. 2) y se ejerce una presión creciente hasta que se observa el paso de las burbujas: la presión que acusa entonces el manómetro indica, transformada en altura de la solución electrolítica, las desnivelaciones que puede soportar el baño.

Desde el punto de vista eléctrico los tabiques son de calidad desigual, resultando de todos los experimentos realizados que los mejores son los de tela de amianto; pero como ésta no separa enteramente los gases más que con una presión que no exceda de algunos centímetros de agua, hacíase preciso llevar siempre la variación del nivel á estos estrechos límites por medio de un dispositivo especial: en efecto, no cabe esperar que toda la canalización esté siempre en condiciones tales que no pueda producirse ninguna diferencia de presión. Para igualar los niveles en los límites útiles se interpone entre el voltámetro y la canalización un compensador que en realidad no es otra cosa que un doble frasco de Mariotte: cuando se quiere obtener gases puros se introduce en el compensador una solución de ácico tártrico que retiene las partículas de álcalis arrastradas por la corriente de gas.


Fig. 2. Dispositivo para el estudio de la reacción capilar en las membranas ó vasos porosos.

El estudio del laboratorio ha suministrado, pues, todos los elementos de un problema que desde ahora puede entrar en el dominio de la industria.

Aparatos industriales. – El voltámetro industrial de M. Renard se compone de un gran cilindro de hierro: una batería de estos voltámetros está representada á la izquierda de la fig. 3. El electrodo inte-


Fig. 3. Vista en conjunto de una instalación para la electrolisis industrial del agua

rior va metido en un saco de tela de amianto cerrado por debajo y ligado por arriba, con agujeros que permiten la ascensión de los gases en el interior del cilindro. El aparato está herméticamente cerrado en su parte superior, y los dos electrodos permanecen aislados por una lámina de caucho; sobre el nivel del líquido el electrodo es continuo y forma canal para el gas. El hidrógeno y el oxígeno, al salir por los orificios superiores, van á parar al compensador.

Las constantes del voltámetro establecido por el comandante Renard son las siguientes: altura del electrodo exterior, 3'405 metros; del interior, 3'290; diámetro del electrodo exterior, 0'300 metros; del interior, 0'174.

El hierro empleado tiene un espesor de 2 milímetros. La resistencia eléctrica es de unos 0'0075 ohms, produce 365 amperes con 2'7 volts, y consume por consiguiente cerca de un kilovat: su producción de hidrógeno es de 158 litros por hora. La fig. 3 da una idea de una fábrica para la electrolisis del agua.

Réstanos ahora decir algo acerca del precio á que resultan el hidrógeno y el oxígeno obtenidos por los procedimientos descritos: un voltámetro vale unas 100 pesetas, y como funciona con muy poco desgaste, la amortización puede calcularse á lo sumo en un 10 por 100, y como en marcha continua produciría más de 1.500 metros cúbicos de gas al año, resultaría algo menos de un céntimo por metro cúbico. La soda cáustica se recupera constantemente, y por lo tanto lo único que se pierde es el agua destilada; pero como un metro cúbico produce más de 2.000 metros cúbicos de gas, el gasto de agua apenas significa un céntimo por metro cúbico.

En el caso de que la energía eléctrica deba ser tomada de una máquina de vapor, y suponiendo pérdidas muy pequeñas en la dinamo y en la canalización, podrá contarse con una producción de un metro cúbico de hidrógeno y 500 decímetros cúbicos de oxígeno por diez caballos-hora, ó sea un gasto de 10 kilogramos de carbón ó de unos 25 céntimos de peseta.

De suerte que fijando en 50 céntimos el precio del metro cúbico de gas, el cálculo resulta más que prudencial, y aun hay que tener en cuenta que en las localidades en donde se dispone de una fuerza motriz natural todavía el precio será más bajo.

(De *La Nature*)



MUERTE DE MEDEA, escultura en yeso de D. Rafael Atché. (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona.)

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN



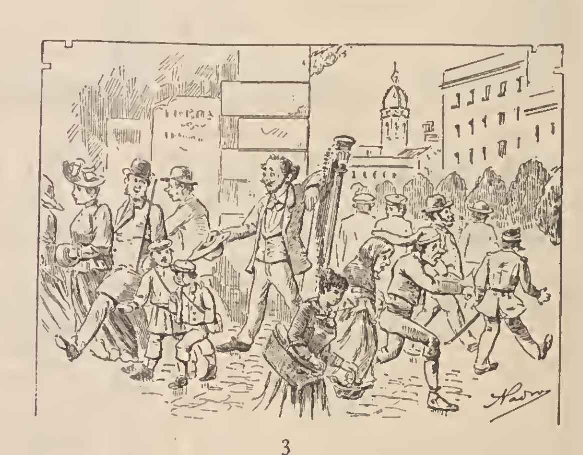
La Ilustración Artística

AÑO X — BARCELONA 17 DE AGOSTO DE 1891 — NÚM. 503

EL TOCADOR DE ARPA, *por Padrós*


1


2


3


Una cosa es escuchar y otra cosa dar dinero

UN NIÑO DE PECHO EN UN CAMPO DE BATALLA

La noche que siguió á la batalla de Waterloo, en un campo y en el cieno que había ocasionado la sangre, yacía un oficial inglés muerto en el sitio en que había caído. A su lado se encontraba el cadáver de su mujer, que le había seguido desde Inglaterra y quizás había llegado á tiempo de recoger su último aliento. Su hijo, acostado entre ellos, dormía profundamente y en medio de los horrores de la escena sonreía como si los ángeles se ocuparan de inspirarle sueños placenteros.

¡Lo que es la niñez! Se parece al cielo en la inocencia y á la tierra en los dolores. Mientras conservamos los hijos, ¡qué bien lo llenan todo! Cuando los perdemos, ¡qué vacíos dejan!

Léase la historia de un rescate contada por un padre.

Copia

Frederick Butcher, avecindado en 5, Birch Road, Crumpsall, cerca de Manchester, Inglaterra, sincera y solemnemente, declaro: Mi hija Catalina, que tiene ahora once años, siempre había sido delicada. Estaba delgada y pálida y parecía que un poco de aire frío la podía matar. Unas veces mejor, otras peor, nunca estaba buena. Durante el verano de 1885 se quejaba de que sentía un peso en el pecho y en el costado. Tenía el vientre hinchado como si hubiera comido mucho, cuando apenas comía lo que un pájaro. Decía que tenía mal gusto de boca y siempre tenía las manos en los costados ó en la cabeza, como si tratase de aliviar una presión. También tenía dolores en la espalda y le olía muy mal el aliento. Siempre estaba cansada y, aunque por naturaleza viva é inteligente, se pasaba las horas sin ocuparse de nada. Se puso tan débil que apenas se podía tener de pié. Su estado era muy alarmante y mucho más cuando se presentó una tos seca y profunda. Mi mujer y yo temimos que fuera tisis. En nuestra ansiedad consultamos á los médicos, que nos dijeron que efectivamente nuestra hija estaba tísica. En Pascua de 1885, me fuí con mi familia de Huntingdom á Manchester. La pobre Catalina estaba muy débil para venir con nosotros, y se quedó con su abuela en Thorp, una hacienda de Norfolk. La pobre criatura cada vez estaba peor. Algún tiempo después y con gran sorpresa nuestra recibimos una carta de la abuelita, que decía:

Catalina está mucho mejor. Come bien y duerme bien y el color de rosa empieza á presentarse en sus mejillas. ¿Qué había pasado? Un mes después, tuvimos el gusto de ver á nuestra hija con nosotros en la nueva casa de Manchester. Mucho fué nuestro regocijo al ver el cambio maravilloso que se había operado. Ahora está una muchacha hermosa y saludable y no tiene más enfermedades, que pueden tener las demás muchachas. ¿A qué se debe este cambio? ¿Qué nos ha devuelto nuestra hija, que estaba al parecer á las puertas de la muerte? Lo diré con franqueza, pues no hay nada que ocultar. Viendo el estado lamentable en que se encontraba y que ninguna de las medicinas que había tomado había atacado á la extraña enfermedad, su abuelita dijo un día, me parece que será bueno darle á la muchacha una toma de mi botella del Jarabe de la Madre Seigel. Esta medicina había dado mucho alivio á la abuelita en una enfermedad complicada. Se le administró á ella é inmediatamente produjo buen efecto. Desde luego empezó á dormir mejor y á sentir más apetito, y un poco después la abuelita pudo escribirnos, como ya hemos dicho. Estoy dispuesto á contestar cualquiera pregunta que se me haga sobre este caso. Hago esta declaración solemne creyendo en conciencia que es verdad. De conformidad con lo que determina la ley de declaraciones de 1835.

(Firmado) F. Butcher.

A todos los que la presente vieren. Yo, Sir John Jame Harwood, Caballero, Mayor encargado de la Ciudad de Manchester, Condado Palatino de Lancaster, en la parte del Reino Unido de la Gran Bretaña é Irlanda, que se llama Inglaterra, certifico: que el día de la fecha pareció personalmente ante mi Frederick Butcher, avecindado en 5 Birch Road, Crumpsall, declarante que se nombra en la declaración que antecede, persona conocida y que merece crédito y declaró solemne y sinceramente que es verdad todo lo que contiene y todo lo que se menciona en la dicha declaración.

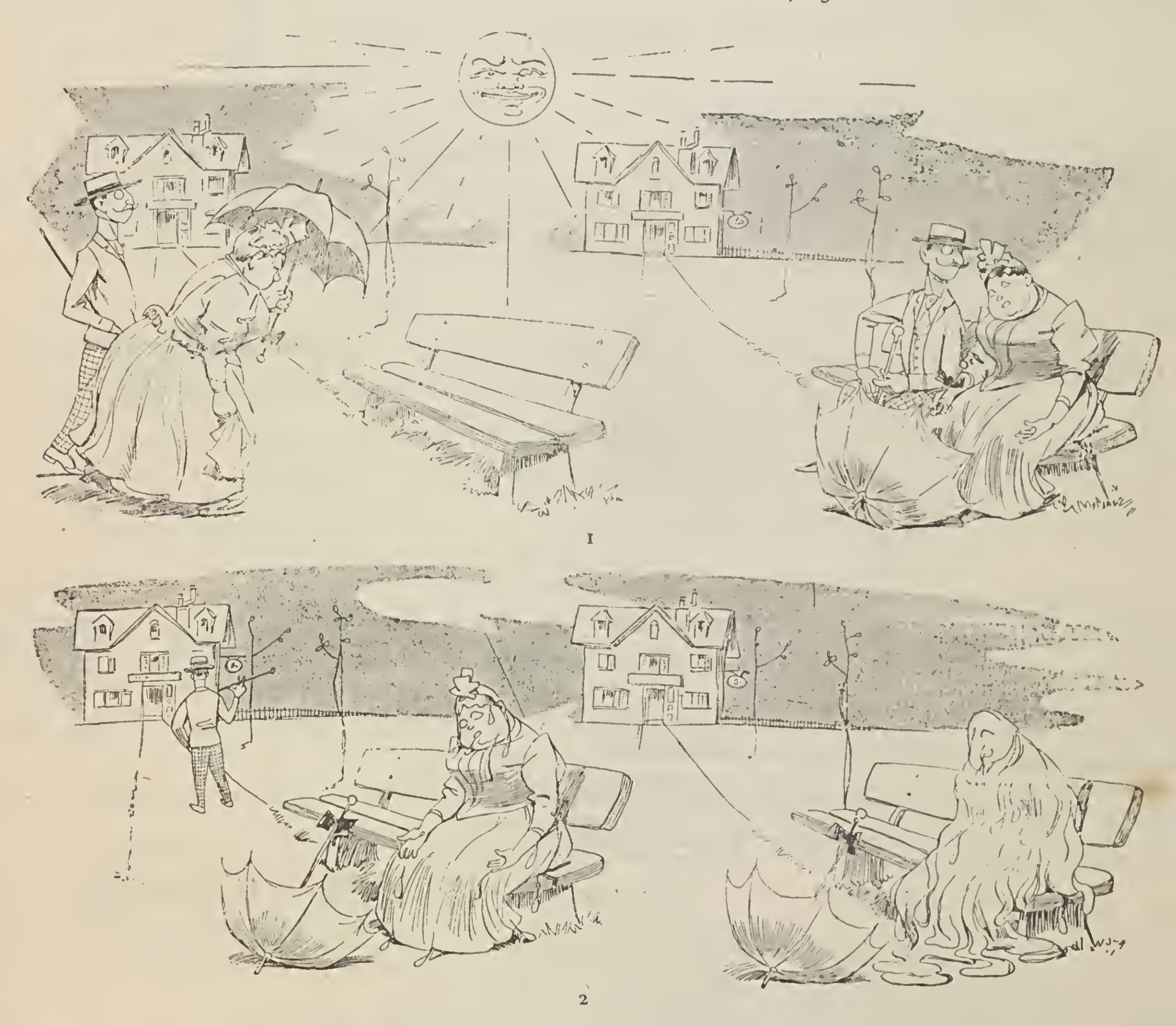
En fe y testimonio de lo cual yo el referido Mayor he hecho que se ponga el sello de la mayoría de esta referida ciudad.
Fechado en Manchester á 26 de Agosto del año 54 del reinado de S. M. la Reina Victoria y 1890 de la Era del Señor. (Hay un sello.)

(Firmado) J. J. Harwood, Mayor encargado.

Si el lector se dirige á los Sres. A. J. White, Limitado, 155, Calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las Farmacias. Precio del frasco, 14 reales. Frasquito, 8 rs.

SOL DE AGOSTO, *por Godefroy*



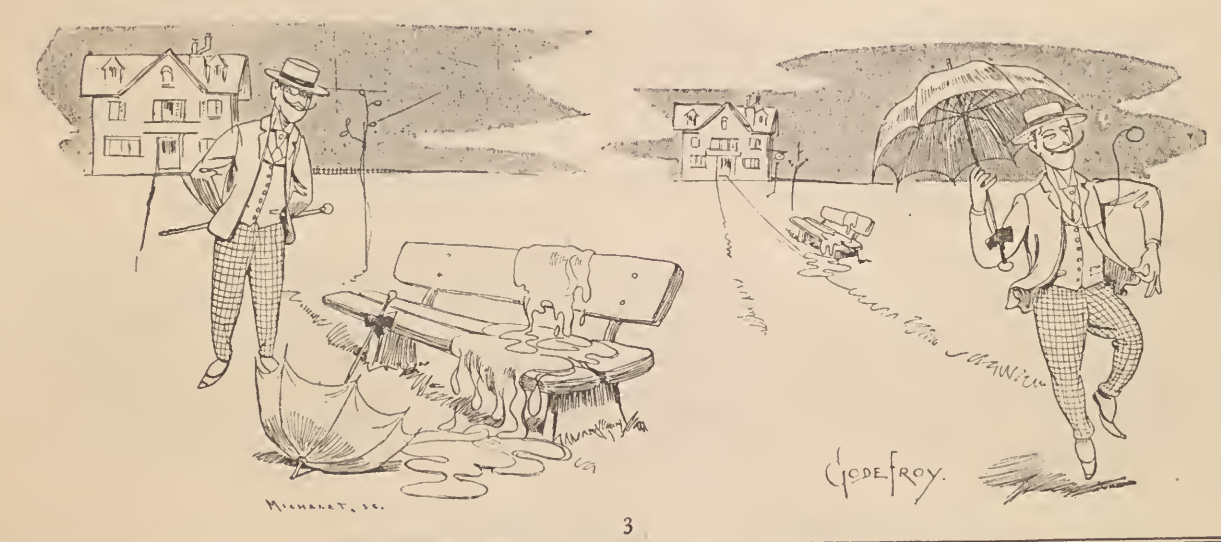
1

2

(Continúa en la pág. IV)

(Véase la pág. III)

SOL DE AGOSTO, *por Godefroy*



3

Tipografía LA ACADEMIA
Barcelona
Ronda de la Universidad, n.º 6